

# En esto pensad

Filipenses 4:8

NÚMERO ESPECIAL

## Lecturas de edificación cristiana

- 5** Epístola a los Hebreos (capítulo 12)
- 29** Colección de exhortaciones y llamamientos n°1:  
Segunda Espístola de Juan
- 35** Ya no seamos niños
- 42** Cristo, el agua que sacia la sed  
y el pan que alimenta
- 46** Soporta las aflicciones
- 51** La gracia
- 61** Redimiendo el tiempo
- 64** Confianza en Dios
- 71** Pensamiento
- 72** Índice edición retroactiva 2020-2023



Traducciones y edición: Roberto J. Arakelian  
Todos los derechos reservados  
© Lecturas Bíblicas.org  
Impreso en la República Argentina

## NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

### Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

---

(M. E.) = *Messenger Évangélique*

---

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ”  
y las citas no bíblicas entre comillas: « »



# ALGUNAS NOTAS SOBRE LA EPÍSTOLA A LOS HEBREOS

(Viene de la página 25 del N° 99 – Edición especial de 2019)

## Capítulo 12

### *Versículo 1*

**A**quí encontramos de nuevo la palabra “por tanto”, utilizada a menudo por el autor de la epístola, la cual indica que lo que sigue es una consecuencia de lo que acaba de decir. De manera que va a exponer las exhortaciones prácticas que se derivan de su enseñanza y que se aplican de manera especial al estado del alma de los creyentes hebreos y a los peligros que éstos corrían. Se dedica, pues, a reavivar el celo de ellos y a animarlos.

La multitud de los justos mencionados en el capítulo anterior, comparados a una nube, estaba compuesta de testigos, todos los cuales atestiguaban acerca de la gran verdad de que “el justo vivirá por la fe”. Los hebreos debían seguir las huellas de estos hombres. Pero el autor corona el cuadro

que los tales presentan poniendo ante los ojos de aquellos a quienes les escribe —y ante los nuestros— a Aquel que está a la cabeza de todos estos testigos, el testigo por excelencia, ante el cual palidece el testimonio de todos los demás, por grande y apreciado que haya sido el que éstos dieron ante los ojos de Dios.

Este testigo es Jesús: Él es el Autor y el consumidor de la fe que ha caracterizado a todos los justos. Él dio el ejemplo perfecto de dicha fe; Él es la Cabeza de ella; Él recorrió todo su camino en toda su perfección. Por tanto, es su consumidor. Los justos que le precedieron habían sido probados, unos de una manera, otros de otra; cada uno, según la posición en que se encontraba, había recorrido una parte del camino de la fe, y allí había dado testimonio; Jesús recorrió de un extremo al otro la carrera, sien-

do probado en todo aquello en que la naturaleza humana puede ser probada. Y en todo y por todo, ya fuera por los hombres, por Satanás, o incluso por el abandono de Dios, perseveró constantemente en la obediencia, la paciencia y la confianza, manifestando al mismo tiempo la energía en el amor que produce la fe, cuando renunció a toda gloria y sufrió la cruz. En él, la fe fue consumada, hecha perfecta.

No sólo su ejemplo perfecto establece una profunda diferencia entre él y los testigos del capítulo 11; existe otra diferencia. Ellos murieron y aún no han llegado a la perfección, mientras que él, el Autor (o Cabeza) y Consumador de la fe, resucitó y está sentado a la diestra del trono de Dios. Por lo tanto, llegó personalmente a la perfección; está coronado de gloria y de honra; llegó a la meta, habiendo glorificado perfectamente a Dios en su camino en la tierra. Por eso, se nos exhorta a fijar nuestra mirada en Él, allí adonde llegó, sin dejar de recordar el camino en el que anduvo.

Su posición actual, sentado a la diestra de Dios, no sólo como quien efectuó por medio de sí mismo la purificación de los pecados, sino como el consumidor de la fe, nos muestra el resultado glorioso de tal camino. Dicha posición nos habla, como si dijera: «He aquí el final del camino de la fe: corred, pues, por él». Este resultado es puesto ante nosotros para animarnos.

Así que, para correr la carrera que tenemos por delante con paciencia y perseverancia y para que no nos cansemos, por una parte, a fin de estimularnos, se nos presenta el ejemplo de todos los testigos que nos han precedido; y por otra, para animarnos y atraernos, tenemos como meta y faro orientador el lugar glorioso adonde ha llegado el Autor (o Cabeza) y consumidor de la fe.

De manera que aquí se habla de la carrera; más adelante se trata del combate (versículo 4). La carrera no significa la carrera que cada hombre tiene que correr aquí abajo; así como la terminación de la carrera no es el final de esta carrera. No

todos corren la carrera, así como no todos pueden acabarla. Pablo, en Hechos 20:24, expresa su deseo de acabar su carrera con gozo, y en 2.<sup>a</sup> Timoteo 4:7, dice: "He acabado la carrera". A menudo utiliza, como figura de la vida cristiana, aquellas carreras y luchas que tenían lugar entre los griegos en sus juegos públicos, y en las que los corredores y combatientes competían con ardor para ganar el premio (véase 1.<sup>a</sup> Corintios 9:24-25; Filipenses 3:14).

Dos cosas se requieren de aquel que desea correr con ventaja en la carrera propuesta: en primer lugar, que nada pese sobre él para agobiarlo y, en segundo lugar, que ningún peso se adhiera a él para detenerlo. No se puede correr con una carga; tampoco se puede si nos enlazan objetos extraños. Las cargas son las dificultades y preocupaciones de todo tipo que presenta el camino de la vida; lo que entorpece el espíritu o retiene el corazón apegado a las cosas terrenales. Se trata de desecharlas, de rechazarlas. Pero existe otra cosa que hay que dejar absolu-

tamente de lado: **el pecado**. Éste nos envuelve fácilmente, porque la carne está en nosotros y los objetos que el mundo presenta actúan sobre ella, y las concupiscencias del corazón se despiertan y excitan. Si nos descuidamos, nos enredamos fácilmente en los lazos del pecado y así somos detenidos en nuestra carrera. Debemos, pues, despojarnos de él, pura y simplemente, así como hacemos con las cargas. Pero ¿cómo podemos hacerlo? Fijando los ojos en Jesús, porque el corazón, al tener ante sí un objeto divino, se desliga y se libera de todo aquello que lo agobia, que lo distrae y que lo detiene en su carrera. Efectivamente, pues en Cristo se encuentra no sólo lo que responde a los afectos de la vida y de la nueva naturaleza que poseemos, sino también el poder para desecharlo que no responde a ellos y que emana de la carne.

Despojados así de toda carga y del pecado, nos hallamos aligerados para correr; podemos correr y debemos correr siempre, con perseverancia. Se necesita paciencia para correr

esta carrera en la que abundan las dificultades y son numerosos los obstáculos, pero tenemos la mirada puesta en la gloriosa meta que, a medida que avanzamos, aparece más cercana y viene a ser más preciosa para el alma fiel.

### *Versículo 2*

Este versículo nos dice que Jesús, nuestro modelo perfecto, tenía en su camino de pruebas **el gozo** puesto delante de él. Él había entrado en gracia por un camino tal que, como hombre, necesitaba ser alentado mediante la visión de la meta que se le presentaba al final de sus sufrimientos y humillaciones. Veía que su camino lo conducía hasta la muerte y el sepulcro (Salmo 16:10); pero sabía también que, por medio de la resurrección, Dios le mostraría la senda de la vida, y que así llegaría ante su faz, su presencia, donde hay plenitud de gozo y delicias para siempre (Salmo 16:11).

Sin duda, el Señor tenía también ante sí el gozo de tenernos como precio de sus

sufrimientos y de su victoria sobre la muerte y sobre Satanás; pero aquí se trata de su camino personal como Autor (o Cabeza) y consumidor de la fe y como nuestro modelo perfecto en este camino. Fue, pues, con vistas a este gozo en la gloria de Dios por lo que “sufrió la cruz” y menospreció “el oprobio” que conllevaba tal suplicio. No se trata de que no hubiera sentido profundamente la ofensa hecha a su santa persona. Él “sufrió”, soportó “la contradicción” de pecadores contra sí mismo. Todo en este mundo contradecía el amor, la dignidad y la santidad manifestados en su persona.

Su gracia sólo encontró enemistad, su autoridad fue resistida con revuelta y su santidad fue desafiada con pecado. El odio de los hombres lo persiguió hasta la cruz. Sobre su augusta cabeza fue colocada la corona de espinas, siendo Él quien, como Rey de reyes y Señor de señores, debía llevar la corona de gloria. Él ante quien se postraban los ángeles, fue atado



y conducido al suplicio como un vil malhechor. Él, el juez soberano de vivos y de muertos, fue juzgado y condenado a muerte, Sus palabras de gracia fueron rechazadas, y los hombres atribuyeron Sus obras a Satanás. A cada paso de su vida sólo encontró la contradicción y la oposición de parte del hombre pecador. Y todo terminó en la vergüenza de la cruz.

Pero Él tenía delante de sí el gozo en la gloria, el gozo supremo en el que entraría después de haber cumplido perfectamente la voluntad de Dios. Por eso lo soportó todo, menospreció todo el oprobio, la ignominia, y alcanzó el objetivo. Está sentado a la diestra del trono de Dios, y allí se encuentra coronado de gloria y de honra: fijemos, pues, nuestros ojos en Él, para que no nos cansemos en la carrera ni nuestra alma se desanime, y para que podamos perseverar en la lucha. Nuestra divina Cabeza nos ha precedido; Él combatió y venció; combatamos también nosotros, y "si padecemos juntamente con

él... juntamente con él seremos glorificados" (Romanos 8:17).

En el versículo 4, llegamos al combate contra el pecado. El versículo 1 hablaba del pecado que nos envuelve fácilmente. Allí se trataba de lo que proviene de nuestro interior; pero el versículo 4 nos enseña que tenemos que combatir contra el pecado que viene de fuera. En este sentido, Cristo combatió contra el pecado cuando sufrió la contradicción de los pecadores contra sí mismo. "Aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado". Los cristianos hebreos habían soportado grandes sufrimientos (véase el capítulo 10:32-34), pero aún no habían tenido que dar su vida, sellando así con su sangre su testimonio de la verdad. Cristo lo había hecho, al igual que varios de los testigos mencionados en el capítulo 11. Entonces, ¿por qué desanimarnos y desfallecer? Somos testigos de Dios en este mundo pecador; testigos del bien en medio del mal. Todo

tipo de sufrimiento está relacionado con este testimonio.

El mundo, que “está bajo el maligno” (1.<sup>a</sup> Juan 5:19), nos oprime y presiona por todos lados; resistimos, pero lo hacemos con sufrimiento. Soportamos el oprobio, el desprecio, la malicia, las pérdidas; y debemos resistir, mantenernos firmes, incluso hasta la muerte. Cristo lo hizo; prefirió morir para no dejar de glorificar a Dios en todos los puntos. Los hebreos, en cambio, se desanimaron ante los sufrimientos asociados al conflicto entre el bien y el mal. Por desdicha, también nosotros nos desalentamos con demasiada frecuencia. Pero entonces Dios acude a ayudarnos. Nos disciplina; nos educa; refrena nuestra voluntad para traer bendición a nuestras almas, y para capacitarnos a fin de luchar verdaderamente para Él contra el mal.

### *Versículos 5 y siguientes*

El apóstol desarrolla ahora este tema muy importante: el de la disciplina de Dios sobre sus hijos. Hay una ten-

dencia a restringir la disciplina a los castigos; pero la disciplina incluye todo lo que implica la educación, y por lo tanto la vara también está incluida en ella. La disciplina incluye todo lo que abarca esa maravillosa afirmación: “No apartará de los justos sus ojos” (Job 36:7).

En los **versículos 5 y 6** —que son una cita de Proverbios 3:11-12— y en los siguientes, hallamos ante todo la idea de que la disciplina es una consecuencia de la relación de hijos en que se encuentran, respecto a Dios, los individuos hacia quienes ella se ejerce. Por lo tanto, el sufrimiento que padecen no es el efecto de un castigo, sino el signo del más tierno amor de parte de Dios.

De ahí la expresión “disciplina” o “corrección”. Es un padre sabio el que corrige a su hijo, con todo cariño y porque lo ama. Dicho esto, somos exhortados a evitar dos escollos: uno es pasar a la ligera las pruebas que se nos proporcionan, sin tener en cuenta que, a través de ellas, Dios quiere enseñarnos algo,

reprendernos y formarnos, o actuar estoicamente en las aflicciones, y con esta actitud “menospreciar la disciplina del Señor”. El otro escollo es dejarnos caer en el desaliento; dejarnos aplastar por el peso de las pruebas, como si todo lo que nos sucediera no procediera del perfecto amor que nuestro Padre nos tiene: “Sabemos que a los que aman a Dios, **todas las cosas** les ayudan a bien” (Romanos 8:28). Notemos de paso que el versículo 6 señala la diferencia entre la disciplina, que tiene por objeto educar, y la vara, que corrige castigando por una falta: “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”.

### *Versículo 7*

Bajo la administración paternal de Dios, soportamos las penas, pero no de parte de un padre airado. La Escritura no utiliza la expresión «la ira del Padre». Lo que Dios ejerce hacia nosotros es su amor paternal, no la vara de **su ira**. La disciplina a la que estamos

sometidos es una prueba de la relación que tenemos con Él como hijos. Un bastardo no tiene lugar en la casa paternal, ni participación alguna en los cuidados que pertenecen a esa casa, pero nosotros somos la familia de Dios.

### *Versículos 9 y 10*

Nuestros padres terrenales, de quienes tenemos nuestra vida natural, nos disciplinaban y nosotros los respetábamos. Los tuvimos como educadores durante el corto tiempo de nuestra infancia y primera juventud, y nos disciplinaron como les pareció oportuno. Su solicitud podía flaquear, no era constante, y la educación que nos daban estaba sujeta a muchas imperfecciones: sus puntos de vista podían ser equivocados; podían errar en las directivas que debían darnos. Pero en cuanto a Dios, el Padre de los espíritus es absolutamente distinto. Esta expresión contrasta con la de “padres terrenales”. Éstos nos engendraron, pero nuestro espíritu, lo que nos hace

vivir, aquello por lo que también estamos en relación con Dios, es de Dios, de quien lo tenemos. “El espíritu vuelve a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7). Él es el “Dios de los espíritus de toda carne” (Números 16:22; 27:16). En este sentido se lo llama “Padre de los espíritus”; de él procede el origen de éstos, como nuestros cuerpos proceden de nuestros padres según la carne. Ahora bien, si hemos venerado a nuestros padres terrenales, “¿no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus”, para inclinarnos bajo su disciplina y sujetarnos a ella? Subordinados de este modo, “viviremos”.

Estas últimas palabras pueden tener dos sentidos. Por una parte, la disciplina desarrolla prácticamente la vida espiritual en el alma que se ejercita en ella, y que se somete a ella con confianza en Aquel que la aplica con sabiduría y amor (cf. Romanos 5:3-5). Por estas cosas se vive, así como dijo Ezequías: “Andaré humildemente todos mis años, a causa de aque-

lla amargura de mi alma. Oh Señor, por todas estas cosas los hombres vivirán, y en todas ellas está la vida de mi espíritu” (Isaías 38: 15, 16). Por otra parte, la disciplina puede llegar hasta la muerte del cuerpo. El capítulo 36 del libro de Job nos habla de la disciplina de Dios sobre el justo. Después de decir: “No apartará de los justos sus ojos” (v. 7), añade: “Y si estuvieren prendidos en grillos, y aprisionados en las cuerdas de aflicción, Él les dará a conocer la obra de ellos, y que prevalecieron sus rebeliones. Despierta además el oído de ellos para la corrección (o: disciplina), y les dice que se conviertan de la iniquidad. Si oyeren, y le sirvieren, acabarán (o: vivirán) sus días en bienestar, y sus años en dicha. Pero si no oyeren, serán pasados a espada, y perecerán sin sabiduría” (versículos 8-10). Así, la sumisión a la disciplina evita este fin fatal, y dice que “**viviremos**” para gozar del fruto bendito de esas pruebas por las que el Padre, tiernamente, juzga bueno hacernos pasar.

*Versículos 10-11*

Este fruto se nos muestra en los versículos 10 y 11. Nuestros padres según la carne, al disciplinarnos durante un poco de tiempo, lo hacían según sus pensamientos, “como a ellos les parecía”, sin tener siempre en sus miras limitadas un objetivo que respondiera a nuestro verdadero bien, o sin alcanzarlo por no conocer los medios o por no aplicarlos para llegar a ello. Nuestro Dios, el Padre de los espíritus, desea nuestro verdadero bien, un bien que está fuera y por encima de todo lo que la tierra puede ofrecer. Él nos disciplina “para lo que nos es provechoso”, con perfecta sabiduría; conociendo y eligiendo los medios adecuados para llevarnos a la meta que tiene pensada para nosotros, y sin cansarse nunca de usarlos: haciendo que todas las cosas obren para nuestro bien. Las pruebas son diferentes para cada persona, pero todas tienden a este gran objetivo de la disciplina: **“para que participemos de su santidad”**.

La santidad de Dios, ¡qué pensamiento! Separación absoluta de todo mal, porque Él es el bien absoluto; esa pureza inalterable que no puede ser contaminada por ninguna mancha; esa luz que las tinieblas jamás pueden oscurecer; ésta es la santidad, el estado moral del que Dios quiere que participemos. Y nos disciplina para liberarnos de todo lo que pueda ser un obstáculo para que disfrutemos cada vez más de dicha condición. ¿No es ésta una prueba evidente de su tierna solicitud por nosotros? En Cristo, tenemos una posición de perfecta santidad ante Dios: “Santos y sin mancha (o: irrepreensibles) delante de Él en amor” (Efesios 1). Pero Dios quiere que nos parezcamos prácticamente a Él; quiere que nuestro estado moral corresponda con lo que Él es; y para nosotros ésta es la felicidad que sólo puede encontrarse en la cercanía del Dios santo y bienaventurado en su santidad. ¡Qué gracia es que los cuidados que nos manifiesta en su disciplina tengan tal finalidad para nosotros!

¡Cuán deseable es que nos sometamos a él con humilde confianza!

### *Versículo 11*

Nuestro Dios sabe que el hecho de pasar por estos dolorosos ejercicios de su disciplina paternal no puede ser motivo de gozo para nosotros. Si no los sintiéramos, si no produjeran tristeza, ¿qué fruto podrían dar? El cristiano no es un estoico que afronta con orgullo el dolor. Siente los golpes, pero conoce la mano que los inflige, y al sentirlos mira el bendito resultado que vendrá después. Una vez que se ha quebrantado nuestra propia voluntad, cuando hemos comprendido que “todas las cosas cooperan juntas para el bien de los que aman a Dios” (Romanos 8:28 V.M.), que “esta leve tribulación momentánea” está destinada a “producir en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2.ª Corintios 4:17), entonces se produce el fruto apacible de la justicia práctica, la realización en la vida de aquella santidad de la

que somos hechos partícipes. El fruto de la disciplina para aquellos que son ejercitados por ella es, pues, un estado apacible del alma en sumisión a la voluntad de Dios y en un camino de separación para Él. El mal nos agita y nos hace infelices: “No hay paz, dijo mi Dios para los impíos” (Isaías 57:21); pero el bien, la práctica de la justicia, nos hace apacibles y dichosos: “El efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre” (Isaías 32:17). Cuando pasemos por las pruebas, que el Señor nos conceda la dicha de no perder nunca de vista el bienaventurado fin que Él se propone para nosotros mediante ellas: ¡Liberarnos, purificarnos de todo lo que sea un obstáculo para que gocemos plenamente de su presencia y de su comunión!

### *Versículo 12*

Aquí encontramos de nuevo un “por tanto” o “por lo cual”. El apóstol, que acaba de exponer ante los ojos de sus lectores las grandes verda-

des relativas al bendito propósito de la prueba, extrae como consecuencia el aliento que sigue. Todo lo que se nos dispensa, proveniente del amor del Padre, nos anima. “Levantad las manos caídas (o: cansadas) y las rodillas paralizadas”. Esta fue la exhortación que el Espíritu Santo, por boca de Isaías, dirigió a Israel, anunciándoles la bendición venidera, cuando su Dios vendría a salvarlos. Para los hebreos, que conocían las Escrituras, ¡cuán apropiada era esta cita para levantarles el ánimo. Bajo la disciplina actual del Padre, ellos podían esperar la bendición que vendría después.

Las manos cansadas pueden tener que ver con la oración, en relación con las palabras de 1.<sup>a</sup> Timoteo 2:8: “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas”. Ciertamente, si nos desanimamos bajo la disciplina, al no entender el propósito de Dios, podemos cansarnos de orar, y entonces las rodillas se debilitan y el caminar cristiano se vuelve lánguido y tam-

baleante. Las manos cansadas y las rodillas débiles indican que el cuerpo sufre un debilitamiento, un abatimiento del sistema. Aplicadas como figura al alma, estas expresiones designan también la debilidad, la flojedad, producida por la duda, por la falta de fe y de confianza en Dios. Es un estado de ánimo enfermizo que se vuelve peligroso si no se aplica un remedio enérgico. La epístola nos dice cuál es ese remedio. No se trata de esperar pasivamente a que se produzca un cambio, sino de confiar firmemente en lo que se ha dicho más arriba sobre el tierno cuidado de Dios. Entonces nos volvemos capaces de levantar las manos y las rodillas; una nueva vida fluye por nuestras almas al captar, por la fe, a Dios y sus caminos para con nosotros; recuperamos un vigor que también hace “sendas derechas” para nuestros pies (versículo 13), en las cuales caminamos con paso firme y sin vacilaciones. Esas sendas derechas son aquellas por las que nos conduce la Palabra de Dios, apar-

tados del pecado, del mundo y de la búsqueda de las ventajas que la tierra puede dar; sendas en las que miramos recto delante de nosotros hacia las cosas divinas y celestiales sin dudar ni apartarnos, sin querer combinar la tierra con el cielo, ni el mundo con Cristo. Estas son las sendas de la fe. En el libro de Proverbios dice: "Tus ojos miren lo recto, y tus párpados en derechura delante de ti. Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean (o: serán) ordenados" (Proverbios 4:25-26 RV 1909).

Al caminar así con determinación a través de las dificultades y mantener a través de todas ellas un corazón gozoso, testigo de una verdadera comunión con Dios, serviremos de ánimo para los débiles; y así aquellos que caminan cojeando no se desviarán, sino que serán sanados. Ellos verán que también es su privilegio continuar caminando en las "sendas derechas" donde el corazón se siente ensanchado, y donde la bendición abunda. «Un buen

ejemplo sirve de mejor estímulo que la reprensión en sí».

### *Versículo 14*

Aquí se nos exhorta a buscar o seguir dos cosas: **la paz** con todos y **la santidad**, sin la cual nadie verá al Señor. La primera tiene que ver con nuestra relación mutua, y la segunda se refiere a nuestra relación con Dios. Buscar o seguir la paz es esforzarse por evitar esas disensiones entre cristianos que impiden el desarrollo de la vida espiritual; es esforzarse por aportar en todo un espíritu de humildad y mansedumbre que elimine las ocasiones de irritación y fricción y que apacigüe las rencillas. Para lograrlo, entendemos que es esencial, en primer lugar, tener un estado de alma apacible, lo cual es el resultado de caminar con Dios en dependencia de él. Si la paz de Dios guarda mi alma en el gozo de Cristo (Filipenses 4:6-7), si la paz de Cristo preside mi corazón (Colosenses 3:15), me resultará fácil buscar la paz con todos. La llevaré conmigo dondequiera



ra que vaya; mis pies estarán calzados con el apresto, con la preparación del Evangelio de la paz (Efesios 6:15), y en lugar de avivar desavenencias, procuraré la paz, como conviene a un hijo de Dios, del Dios de paz (Mateo 5:9). Alguien ha dicho que un hombre feliz es fácilmente amable. Si gozo en mi alma de la comunión con el Dios de paz, soy dichoso, y esta felicidad me facilita ser amable, bondadoso y lleno de longanimidad con los demás.

Pero esta paz con todos nunca debe ser obtenida a expensas de la santidad, o a expensas de lo que toca a nuestra relación con Dios. Debemos seguir estas dos cosas simultáneamente. Sabemos lo que significa la santidad práctica, que es de lo que estamos hablando aquí. Es la separación para Dios de toda contaminación, de todo lo que es malo (2.<sup>a</sup> Corintios 6:17-18; 7:1), y al mismo tiempo un andar en todo lo que es según Dios. A esto se nos exhorta en todas partes (1.<sup>a</sup> Pedro 1: 15-16), y se nos propone a Dios mismo como ejemplo y mo-

delo, y como motivo para la santidad. Sin ella no hay comunión posible con Dios; ya tenemos aquí en la tierra el privilegio de verlo, contemplarlo, de gozar de Él por la fe y en el poder del Espíritu, pero nunca al margen de la santidad práctica. Si cedemos a cualquier cosa que nos aleje de la santidad, nuestra visión espiritual se oscurece y se ve alterado nuestro disfrute de las cosas de Dios. Está claro, pues, que la santidad práctica que hemos de seguir aquí en la tierra no es de otra naturaleza que aquella de la cual disfrutaremos en el cielo —perfecta en todo, sin alteración posible (Apocalipsis 4:6)—, y que es la única que nos permitirá ver al Señor. Por tanto, debemos seguirla, buscarla, perseverar en ella aquí en la tierra hasta que seamos presentados “sin mancha (o: irreprehensibles) delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24). “Bienaventurados los de limpio corazón”, dice el Señor, “porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8). “Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se

purifica a sí mismo, así como él es puro" (1.<sup>a</sup> Juan 3:3), y caminar en la santidad práctica tiene como corolario la vida eterna en la gloria (cf. Romanos 6:22). En nuestros tiempos de relajamiento es esencial recordar con seriedad esta exhortación: "¡Seguid la santidad!". ¿La estoy siguiendo? Permanecer en todo apartado para mi Dios, ¿es esto lo que ocupa mi alma?

### *Versículos 15 y 16*

"Mirad bien", palabra de advertencia bien motivada por los tres peligros aquí señalados y en los cuales una falta de vigilancia nos llevaría a caer fácilmente, desviándonos así del camino de la santidad.

El primer peligro que se señala es: "Que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios". La gracia de Dios, que nos ha introducido en el camino de la bendición, es la única que puede hacernos caminar y perseverar en él, y guardarnos del mal. Por ello los apóstoles en sus epístolas deseaban gracia a los santos a quienes les escribieron. Los exhorta-

ban a perseverar en la gracia de Dios. Asimismo, a nosotros se nos encomienda a esta gracia, y se nos exhorta a fortalecernos en la gracia que es en Cristo Jesús. De modo que la paz, el gozo, la seguridad y la fortaleza, todo fluye de dicha gracia, de tal disposición del corazón de Dios que lo inclina hacia nosotros. En ella encontramos todo lo necesario para la vida cristiana, para caminar en santidad. Pero si un corazón la olvida, si ya no se apoya en la gracia, si ya no goza de ella, en una palabra, si le falta —no porque sea ella la que falte, pues Dios permanece siendo el mismo, sino porque ha descuidado este precioso tesoro—, entonces queda expuesto al mal: alguna causa le ha quitado el gozo.

Segundo peligro: "No sea que brotando alguna raíz de amargura os estorbe, y por ella muchos sean contaminados". El mal que aquí se señala es consecuencia del primero, pues una raíz de amargura nunca puede germinar, brotar y crecer en el terreno de la gracia, en un corazón que

no carezca de ella. Sin duda, aquí hallamos una alusión a Deuteronomio 29:18-19, donde leemos que, si la infidelidad de corazón y la idolatría se introducen en el pueblo de Dios, son comparadas con una raíz amarga que produce “hiel y ajeno”. Moisés dice: “No sea que haya entre vosotros varón o mujer, o familia o tribu, cuyo corazón se aparte hoy de Jehová nuestro Dios, para ir a servir a los dioses de esas naciones; no sea que haya en medio de vosotros raíz que produzca hiel y ajeno, y suceda que, al oír las palabras de esta maldición, él se bendiga en su corazón, diciendo: Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón”.

El pensamiento de apartarse del cristianismo podía surgir en el corazón de los hebreos a causa de las dificultades que encontraban en su camino. Lo mismo sucede con los cristianos. Si les faltara la gracia de Dios, si no juzgaran este pensamiento, podría convertirse en una raíz de amargura que, oculta al principio, pronto brotaría, se ma-

nifestaría, perturbaría las almas y contaminaría a muchos de ellos. Nada hay tan sutil y contagioso como el mal. Pero la advertencia es general y nos concierne a todos. Si algún mal, algún pecado se tolera en el corazón sin que sea juzgado, es una raíz que no dejará de brotar. La planta mala saldrá a la superficie, el mal aparecerá exteriormente, perturbará las almas y se extenderá, de modo que muchos se contaminarán con él. Este progreso del mal es especialmente llamativo desde el punto de vista doctrinal.

La expresión “**raíz de amargura**” es muy apropiada para llamarnos la atención. La raíz ya tiene todas las características que se encontrarán en el fruto que produce. Es veneno en sí misma y **amargura** en las tristes y lamentables consecuencias que derivan de ella.

Tercer peligro: “No sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú”. He aquí a dónde puede llevar la falta de la gracia de Dios y el hecho de no juzgar el mal, y

la negligencia con que se rehúye arrancar la raíz de la amargura en cuanto aparece. Puede tratarse de la corrupción pagana, cuando habla de "fornicario". Pero esto va más lejos.

En el Antiguo Testamento, la idolatría, en la cual los israelitas eran propensos a caer y cayeron a menudo, se llama adulterio respecto a Dios y fornicación. Existe, pues, la fornicación espiritual para el alma, cuando se aparta de la completa fidelidad que se le debe al Señor (véase Oseas 4:12). Y el apóstol exhorta a los cristianos a este respecto (1<sup>a</sup> Corintios 10:8; véase también Apocalipsis 2:14, 20).

Pero también puede haber algún "profano como Esaú", y aquí se trata de lo que el escritor de la epístola hablaba en los capítulos 6 y 10: el abandono del cristianismo por parte de quienes, habiendo salido del judaísmo, lo habían aceptado. Este es el acto profano de despreciar y rechazar lo que es santo, el don de Dios, y las consecuencias son terribles. Esaú despre-

ció y renunció a su derecho de primogenitura, al que estaban ligadas todas las bendiciones prometidas a Abraham. Y lo hizo por un motivo burdo y enteramente carnal, que delataba su falta de fe y la poca estima en que tenía el don y las promesas de Dios. Esaú dijo: "He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?" ¿Acaso no podía atenerse a Dios? Pero no, él menospreció, "vendió su primogenitura" (Génesis 25:29-34).

Los hebreos estaban expuestos a un peligro similar. Para escapar de las pruebas y disfrutar de las cosas terrenales, tuvieron la tentación de volverse atrás. Pero esto habría sido una profanación; habría significado despreciar a Cristo, el don de Dios. Esto demuestra la fuerza y el propósito de la advertencia que les fue dada. ¿No nos dice esto algo a nosotros también? ¿No nos sucede que a veces preferimos alguna ventaja terrenal, alguna gratificación de la carne, en lugar de Cristo y las cosas celestiales?

Lo que hace aún más seria la advertencia es la consecuencia de la profanación así cometida, y que se pone de relieve en la historia de Esaú. Al no haber apreciado la bendición, cuando más tarde la deseó, fue rechazado, aunque la procuró con lágrimas. “¿No tienes más que una sola bendición, padre mío?”, clamó alzando su voz y llorando. “¡Bendíceme también a mí, padre mío!” Pero “no hubo (o: no halló) oportunidad para el arrepentimiento”; su padre no cambió de disposición. Ya era demasiado tarde (Génesis 27:38).

Este ejemplo se expone ante los hebreos profesantes para mostrarles el peligro que corren los que rechazan el cristianismo, después de haberlo aceptado. Debemos recordar que los hebreos son considerados siempre en relación con su profesión, sin referencia a la realidad de la vida divina en ellos <sup>(1)</sup>.

### *Versículos 18 a 24*

Aquí el escritor de la epístola traza un sorprendente paralelismo entre lo que ofrecía la ley y las bendiciones que Cristo ha proporcionado. Utiliza el contraste entre ambas como un poderoso argumento —al decir: “porque”— para mostrar cuán insensato y pecaminoso sería abandonar todo lo que se halla en Cristo y retornar a la ley. Es como si, para animar y estimular a los hebreos, les dijera: «¿Queréis, pues, volver a la ley que sólo ofrecía sombras y figuras, y colocaros bajo sus terrores, privándoos de las bendiciones que la gracia os aporta en el cristianismo? Ved el contraste entre vuestra antigua condición judía y vuestra condición cristiana bajo la gracia. “Porque no habéis acercado” a los rayos, a la furia del Sinaí, a aquel espantoso aparato con que se envolvía la majestad de Dios, de tal manera que los que oían la voz que hablaba

1) Algunos piensan que estas palabras, “No halló oportunidad para el arrepentimiento”, se aplican a Esaú y no a Isaac. Según ellos, significan que Esaú, aunque lo deseó con lágrimas, no pudo arrepentirse verdaderamente y fue rechazado. De todos modos, la conclusión sería siempre la misma: el profano es rechazado.

rogaban que no se les hablase más». El monte que se podía palpar indicaba una economía terrenal, pero al mismo tiempo a este monte en el que Dios había descendido, **no debían** acercarse, ni tocarlo, bajo pena de muerte.

La ley mantenía al hombre pecador a distancia, y si quería acercarse a Dios en esa condición, significaba la muerte para él y para todo lo que dependía de él. Esto era tan terrible que el propio Moisés estaba espantado y temblando. Este hecho no se menciona en el relato de los capítulos 19 y 20 del Éxodo. Allí, la Escritura presenta a Moisés en su dignidad de mediador. Solamente él se acercó a las profundas tinieblas donde estaba Dios y recibió sus palabras para transmitir las al pueblo (Éxodo 20:21-22).

Pero en esta epístola, el Espíritu Santo nos revela lo que ocurría en el corazón del hombre puesto en presencia de la majestad divina, de Dios revelándose en toda la gloria de su santidad y de su justicia.

“Sino” —dice este tex-

to— “que os habéis acercado al monte de Sion”, en contraste con el Sinaí.

Sion es el monte de la gracia. Representa la intervención de la gracia soberana de Dios manifestada a Israel, cuando todo había fracasado bajo la responsabilidad en cuanto a la ley. Israel estaba arruinado; “Icabod”, es decir, “privado de gloria”, era lo que estaba escrito sobre el pueblo, pues el arca de Jehová había caído en manos del enemigo, y aunque fue traída de vuelta, permaneció con Abinadab, olvidada por así decirlo. Jehová no moraba aún en medio de su pueblo (véase 1.º Samuel capítulos 4 a 6 y 7:1).

Luego, en 2.º Samuel 5, vemos a David, el rey escogido, el varón conforme al corazón de Dios, marchando contra los jebuseos en Jerusalén, y apoderándose de la fortaleza de Sion, que entonces se convirtió en la ciudad de David. Allí pusieron el arca; Jehová, que en su gracia estableció la realeza en David, restableció también al pueblo en su relación consigo mismo.

Sion vino a ser la sede del poder real; allí se encontraba la morada de Jehová, y es allí donde al Mesías se lo ve ungido como Rey. "Pero yo", dice Jehová, refiriéndose al día en que los reyes de la tierra se levantarán contra él, "he puesto (o: ungido) a mi rey sobre Sion, mi santo monte (o: el monte de mi santidad)" (Salmo 2). El libro de los Salmos está lleno de alusiones a Sion; los profetas también hablan de él, y en todas partes se celebra su belleza y perfección; en todas partes se lo señala como el lugar donde mora Jehová y de donde fluye la bendición (véanse los Salmos 48:2, 12-13; 50:2; 110:2; Isaías 2:1-5, etc.).

Todo lo que se describe en los versículos 22 al 24 del capítulo que estamos considerando, presenta la escena milenaria a la que los creyentes hebreos habían llegado espiritualmente; cosas por venir, esperadas, aún no establecidas, pero a las cuales nosotros ya pertenecemos.

Después de Sion, lugar de la morada y de descanso de Dios en la tierra, ascendemos

en espíritu a la Jerusalén celestial, la ciudad del Dios vivo. Sion es la sede del poder del Mesías en la tierra, pero el Señor, el Hijo del Hombre, tiene derecho a una herencia cuyos límites se extienden a todo el universo (Salmo 8; Hebreos 2:7-8; Efesios 1:10; 2:20-22; Filipenses 2:9-11). De este vasto imperio, la Jerusalén celestial, la ciudad del Dios vivo es, por así decirlo, la metrópoli. Es la ciudad con fundamentos, de la que Dios mismo es el arquitecto y creador.

En Apocalipsis 21, encontramos la ciudad santa, la **nueva** Jerusalén, ya sea para el milenio o para el estado eterno. Se trata de la Iglesia. En ese texto se nos dice, pues, lo que seremos, mientras que en la epístola a los Hebreos, la Jerusalén celestial se refiere a dónde estaremos.

Al subir la primera cuesta de este monte de gloria, hemos llegado a la Jerusalén celestial. Así pues, hemos llegado al cielo, y aquí nos encontramos en medio de sus habitantes. En primer lugar, encontramos los "muchos mi-

llares (o: miríadas) de ángeles”, la “compañía o asamblea universal” de estos seres que son como los nativos del cielo: han sido preservados de la caída y están allí en su morada natural. Pueblan el mundo invisible a nuestros ojos. En Apocalipsis 5, los vemos alrededor del trono: “millones de millones (o: miríadas de miríadas, y millares de millares)”.

Esta maravillosa escena, elevándose aún más, nos presenta un objeto particular: “la congregación (o: asamblea)<sup>(1)</sup> de los primogénitos que están inscritos en los cielos”. Se trata de la Iglesia. Los que la componen no han nacido en los cielos; no son autóctonos de allí, como los ángeles. Ellos son objeto de los designios de Dios. No se trata sólo de que hayan llegado al cielo, sino que son los herederos gloriosos y primogénitos de Dios según sus consejos eternos, en virtud de los cuales están inscritos en los cielos.

La Iglesia o Asamblea, compuesta por aquellos que son objetos de la gracia, llamados ahora en Cristo, pertenece al cielo por la gracia. Ellos no son (como los santos del Antiguo Testamento) objeto de las promesas que, no habiendo recibido el cumplimiento de éstas en la tierra, no dejarán de gozar de ellas en el cielo. No, sino que los primogénitos, anticipadamente, no tienen otra patria que el cielo. Su ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3). Las promesas no se les ha dirigido a ellos; su lugar no está en la tierra. Dios mismo ha preparado el cielo para ellos; es allí y en ningún otro lugar donde ha inscrito sus nombres. Su lugar está en lo más elevado del cielo, por encima de los caminos de Dios en la tierra, ya sea en su gobierno, ya en la promesa o según la ley. Esta es la Iglesia, que tiene el primer rango en los designios de Dios y que es la última mencionada

1) En la expresión “compañía (o asamblea) universal”, la palabra en el original no es la misma que en “congregación (o: asamblea) de los primogénitos”. La primera se utilizaba para designar a todos los estados de Grecia; la segunda indica la asamblea de los ciudadanos de un determinado estado.



en el orden de las revelaciones (véase Efesios 3).

¡Qué lugar glorioso es el suyo! Esta imagen de la gloria, de lo más elevado que hay en ella —y esto es lo más excelente que se halla en la gracia—, nos lleva a la cumbre, a Dios mismo, “el Juez de todos”. Lo vemos, pues, allí bajo otro aspecto, porque la idea de gobierno se encuentra en toda la epístola a los Hebreos. Dios es presentado como gobernando y juzgando desde lo alto todo lo que se encuentra abajo, carácter bajo el cual es designado en todas partes en el Antiguo Testamento y especialmente en los Salmos.

Esto nos lleva, por así decirlo, a la otra margen. De Dios, el Juez de todos, pasamos a otra clase de bienaventurados habitantes de la gloria celestial. Estos son los espíritus de los justos hechos perfectos, los cuales acabaron su carrera; aquellos que, por su fe, vencieron en la batalla. Dios, el Juez de todos, los reconoció como suyos antes de que la Asamblea celestial fuera revelada. En relación con

los caminos de Dios en la tierra, fueron fieles sin haber recibido el efecto de las promesas, y ahora, en el reposo del cielo, esperan la resurrección y la gloria (capítulo 11:39-40).

“A Jesús, el Mediador del nuevo pacto”. Israel no queda perdido de vista. De esos espíritus de los justos hechos perfectos, ya en el cielo, descendemos al pueblo terrenal, al que todavía le quedan reservadas bendiciones; ya no más sobre el principio de la ley y de la responsabilidad del hombre, sino sobre el principio de la gracia. Dios establecerá un nuevo pacto con Israel, como lo hemos visto en el capítulo 10:16-17. Él no se acordará más de sus pecados y transgresiones, pondrá Sus leyes en sus corazones y las escribirá en sus mentes. Se trata de un pacto de gracia y de perdón, donde todo procede únicamente de Dios. Y Jesús es el mediador de este nuevo pacto. Él ya había aparecido como tal y había puesto las bases de este pacto; había hecho todo lo que era necesario para establecerlo. Los creyentes

hebreos habían venido, no al nuevo pacto que aún no está establecido, sino a Aquel que es su Mediador, y en quien una bendición venidera estaba preparada y asegurada para Israel y para la tierra.

Finalmente, habían llegado a “la sangre rociada que habla mejor que la de Abel”. La sangre de Abel, derramada por Caín, clamaba desde la tierra a Dios y exigía venganza por el crimen cometido. La respuesta fue la sentencia pronunciada contra el homicida: “Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra” (Génesis 4:10-12). Pero la sangre de Cristo, en lugar de clamar venganza, habla de gracia. Implora el perdón para quienes la derramaron (Lucas 23:34). En virtud de esa sangre aquellos que eran enemigos son reconciliados, así como un día también serán reconciliadas todas las cosas

en los cielos y en la tierra <sup>(1)</sup> (Colosenses 1:20-22).

### *Versículos 25-27*

Después de establecer el sorprendente contraste entre el Sinaí, con sus terrores, y la maravillosa escena de gloria celestial y terrenal a la que los hebreos habían llegado, el autor de la epístola los exhorta de manera apremiante a no apartarse de Aquel que les hablaba desde los cielos, es decir, Cristo. Ya era Él, el Jehová del Antiguo Testamento, quien había hablado en oráculos en la tierra, cuando en el Sinaí dio las palabras de vida para que Moisés los llevara al pueblo (Hechos de los Apóstoles 7:38). El pueblo se negó a oír y por ello no pudieron escapar. Es cierto que Cristo dio su testimonio en la tierra: allí hizo oír su voz. Pero, en realidad, los hebreos, al igual que nosotros, trataban ahora con el que “nos amo-

1) Los judíos derramaron la sangre de Cristo y gritaron: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mateo 27:25). La sangre de Cristo no clamó venganza contra ellos, pero ellos asumieron voluntariamente la responsabilidad del acto que cometían, y la venganza cayó sobre sus cabezas culpables. Así como Caín, helos ahí andando errantes y extranjeros por la tierra.

nesta desde los cielos”, con Cristo glorificado, sentado a la diestra de la Majestad, con el Señor mismo en la gloria, desde donde ha enviado al Espíritu Santo quien ha confirmado su testimonio (Hebreos 2:1-4). Si el pueblo de Israel no escapó, habiendo desechado a Aquel que entonces los amonestaba en la tierra, ¿cuánto menos escaparemos nosotros ahora, si nos apartamos de Aquel “que amonesta desde los cielos?”

Su voz estremeció la tierra cuando habló en el Sinaí (Éxodo 19:18), y ahora habla con gracia y autoridad desde lo alto, del cielo, ¿y qué nos anuncia? Que volverá a hacer temblar no sólo la tierra, sino que también conmoverá los cielos, según la profecía de Hageo (Hageo 2:6). Ahora bien, dicha conmoción, según la explicación que da el autor sagrado, indica la disolución de todas las cosas creadas, como lo vemos en 2.ª Pedro 3:7, 12. El judaísmo, el sistema concerniente al hombre en su responsabilidad ante Dios, iba a desaparecer, pero el pasaje

que tenemos ante nosotros va más lejos. No sólo la tierra y todo lo que hay en ella, contaminado por el pecado y la corrupción, la tierra y todo aquello en lo que el hombre busca encontrar su reposo y placer, deben disolverse, deben desaparecer. Sí, no solamente todo ello, sino que el mismo cielo, sede del poder del enemigo, manchado por su presencia (Apocalipsis 12, etc.), debe disolverse. Todo lo que pertenece a la primera creación —“**las cosas movibles**”— debe desaparecer y ceder el lugar a las **cosas inmutables, inmovibles** y permanentes de la nueva creación. “Nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2.ª Pedro 3:13).

### *Versículos 28-29*

El escritor de la epístola expone ahora, para los creyentes, la consecuencia de lo que acaba de decir. Ellos habían llegado a poseer por la fe todas esas glorias milenarias y eternas; eran la parte celestial de ese reino que no puede

ser conmovido, y que será introducido de hecho por la remoción de las cosas movibles, mudables. Ellos eran las primicias, los primeros frutos de la nueva creación y, en cuanto al presente, ya estaban recibiendo aquel reino. Efectivamente, el privilegio de todo creyente es vivir y moverse por la fe en todo este orden de cosas tan elevado al cual pertenecen. Así, pues, los hebreos se desprendieron del judaísmo, cosa movable, pasajera; así también nuestros corazones se desprenderán de las cosas terrenas que nos estorban en el servicio que hemos de prestar a Dios.

Nosotros poseemos estos privilegios por la gracia: no lo olvidemos, sino **aferrémonos** a dicha gracia. La ley no podía hacernos gozar de tales privilegios. Y ahora, ¿qué tenemos que hacer? Servir a Dios: "Sirvamos a Dios agradándole". En este texto, como en toda la epístola, servir se refiere al culto que debemos rendir a Dios. El culto judío había llegado a su fin, ya no era un culto agradable a Dios; ahora, la gracia que nos ha in-

roducido en el goce de las bendiciones celestiales llena nuestros corazones de gratitud hacia Dios y nos capacita para ofrecerle un culto que a Él le agrada. Es el fruto de lo que su gracia ha producido en nosotros.

Sin embargo, no debemos olvidar que, aunque la gracia nos ha acercado a Dios, de modo que estamos en libertad en su presencia, Él sigue siendo el Dios Todopoderoso, el Dios santo y justo, y que estamos delante de su soberana Majestad. Es necesario, pues, que nuestro servicio lo cumplamos "con temor y reverencia", conscientes de su grandeza y del respeto que le es debido. Este temor y esta reverencia, unidos al sentimiento de la gracia, darán a nuestro culto un carácter excesivamente elevado. ¡Ojalá estemos competetrados de esto a lo largo de todo nuestro camino, que debe ser un servicio diario! Así, pues, el motivo de nuestro servicio es la gracia, y su carácter, la manera en que se lleva a cabo, es con temor y reverencia.

La razón que se nos da para ello es solemne. "Porque nuestro Dios es fuego consumi-

dor". Notémoslo bien: "nuestro Dios", y no Dios independientemente de Cristo. El Dios que consumió a Nadab y Abiú por ofrecer fuego extraño ante Jehová (Levítico 10:1-2); el Dios que les dijo a los israelitas, advirtiéndoles contra la idolatría, que Él es fuego consumidor, un Dios celoso (Deuteronomio 4:24), es también nuestro Dios, el Dios

de los cristianos, y permanece en su carácter de santidad que le hace juzgar el mal. Él no quiere sufrir ninguna contaminación en aquellos que se acercan a él, nada que, en el sentido espiritual, recuerde al fuego extraño o a la idolatría. Él nos quiere a todos para sí.

Continuará  
*Anónimo (M.E. 1892-1893)*

---

## COLECCIÓN DE EXHORTACIONES Y LLAMAMIENTOS

### nº 1

#### Segunda epístola de Juan

Las Meditaciones que publicamos bajo este título fueron recopiladas hace varios decenios por un joven hermano (las iniciales de su nombre son: A. J.), cuya breve carrera estuvo marcada por un gran celo al servicio de su Señor. Me han informado que las palabras características que utilizaba con frecuencia eran: «No vale la pena vivir si no es para servir al Señor». Que el ejemplo de su fe anime a muchos hermanos, jóvenes como él, a seguir el mismo camino. (H.Rossier).

**E**s sorprendente ver que esta epístola, de tan grande valor a pesar de su brevedad, no se dirija a una asamblea, ni siquiera a un siervo de Dios ocupado en la obra, sino a una dama. El Espíritu de Dios quiso mostrar que las recomendaciones y exhortaciones del Señor se dirigen a cada uno de nosotros individualmente, y que —

aunque cada uno de nosotros lo sabe, pero hoy en día se olvida con demasiada frecuencia— ubican a la mujer en el lugar de la modestia que le conviene, pero en una posición de responsabilidad con respecto a la verdad y al error. De modo que no es sólo el caso de los hermanos, sino que cada hermana es también responsable.

Es, pues, importante considerar lo que nos enseña esta epístola.

Tres cosas se nos presentan en ella de manera especial: **la verdad, el amor y la obediencia**; las cuales están íntimamente ligadas y es imposible separarlas; se deducen, por así decirlo, y dependen unas de otras.

Juan se dirigió a una persona cristiana, a alguien que estaba en la relación de hijo de Dios. Creo que todos nosotros, o al menos la mayoría de los que están aquí presentes, nos encontramos en esa posición, y sabemos que somos hijos de Dios. Es un inmenso privilegio, no sólo saber que somos perdonados, sino saber de manera consciente y firme que somos hijos de Dios. Esto es infinitamente más que la relación de la criatura con el Creador, pues es una relación profunda que resulta de la obra del Señor Jesús. Y no es sólo una obra de perdón, que tiene el efecto de quitar la carga de nuestros pecados; sino una obra que nos introduce en la misma relación que tiene el Señor Jesús con su Padre. Por eso Juan dice

en el capítulo 2 de su primera epístola: "Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre" A continuación, el apóstol se dirige a tres clases de creyentes: a los "jóvenes", a los "hijitos" y a los hermanos (o: "padres"). Pero lo que dice de los hijitos es el hecho de que conocían al Padre. Es el privilegio del más pequeño hijo de Dios: gozar de la relación con Dios como Padre.

Pues bien, la segunda epístola de Juan habla de tales hijos, de aquellos que saben que sus pecados les han sido perdonados. Para ellos se mencionan las tres cosas antes mencionadas, a las que deben prestar atención.

Han surgido engañadores, hombres que no buscan la gloria de Dios; el apóstol exhorta a la señora elegida y a sus hijos a no saludar a tales hombres, a no recibirlos en sus casas, no sea que participen de sus malas obras. No se trata aquí del mundo y de los hombres del mundo, sino de un mal que ha surgido en la Iglesia, que sube como una marea de falsas doctrinas, de invenciones humanas, en lugar de

la Palabra de Dios. Y sabemos hasta qué punto esto es así en nuestros días. Mantenernos separados de todo esto, no tener ninguna relación con tales hombres, a fin de no participar en sus malas obras, he aquí lo que es importante para nosotros. Y para ello, estas tres cosas son absolutamente necesarias: la verdad, el amor y la obediencia.

La **verdad**; ¡cuántas veces aparece esta palabra en los tres primeros versículos de esta epístola! ¿Qué es, pues, la verdad? Es conocer las cosas como realmente son ante los ojos de Dios. ¿Cómo podemos llegar a este conocimiento? No por nuestras propias mentes, seguramente; no por los razonamientos de la ciencia y la inteligencia humanas; sino solamente por Dios, sólo por la luz de Dios. ¿Y dónde encontraré la verdad? Dios no ha querido dejarnos en la ignorancia, ni hacer que este conocimiento sea tan elevado que sólo los sabios puedan alcanzarlo. Al contrario, está al alcance de los más pequeños, de los más débiles. Ha tomado cuerpo, un cuerpo humano, en la persona del Señor Jesús que vino a es-

ta tierra. Él mismo dijo: “Yo soy la verdad”; por tanto, si conozco a Jesús, conozco la verdad; pero se trata de un conocimiento íntimo, real, profundo, un conocimiento que sólo podemos adquirir en la Palabra de Dios, en la cual Dios nos da a conocer al Señor Jesús.

Cada uno de nosotros, hasta el más pequeño de los hijos de Dios, tiene el privilegio de conocer la verdad, aunque no sea en toda su extensión; sin embargo, la poseemos. Conocer a Jesús como nuestro Salvador es el secreto para llegar a conocer la verdad. ¡Oh, esto no requiere largos estudios! Sólo tenemos que ir a la cruz, donde en Jesús se reveló todo el amor del corazón de Dios. La santidad y la justicia, estas dos características de Dios, se muestran en la obra que Jesús consumó en la cruz. Pero es sobre todo en la cruz donde conozco el amor del Padre, ese amor insondable que entregó a su propio Hijo para que tuviéramos la paz por su sangre, y para que pudiéramos llamar a Dios: Padre.

Hay una cosa más: la verdad, esta luz preciosa de Cris-

to, nos hace conocer lo que es el hombre. Todos los libros de los hombres, todas sus máximas morales, por sabias y perfectas que parezcan, no pueden revelarnos lo que hay en el corazón del hombre —en nuestro corazón— como lo hace la Palabra de Dios. Esta luz brillante, que penetra por todas partes, nos hace conocer la enormidad de nuestro pecado y la profundidad de nuestra ruina. La verdad, Cristo, nos revela a Dios y nos revela lo que hay en nosotros mismos. Cuando Jesús se encontró por primera vez con Pedro, pescando en el lago de Genesaret, y obró para que realizara esa pesca milagrosa, Pedro cayó de rodillas lleno de temor, diciendo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8).

Así llegó a conocer más a Dios y a conocerse a sí mismo; aprendió tanto la verdad sobre Dios como la verdad en cuanto a sí mismo.

Pero ¿quién nos hará conocer la verdad en cuanto al mundo? Jesucristo. El mundo ha manifestado todo su odio hacia Él crucificándolo; por eso Dios

considera al mundo como una raza condenada que espera el juicio que merece.

La verdad, pues, me hace conocer a Dios, a mí mismo y al mundo. Al conocer a Jesús, obtenemos este conocimiento. Si, pues, hemos sido llevados a los pies del Señor, como pecadores arruinados; —si hemos visto la justicia y la santidad de Dios en la cruz; si hemos descubierto que esta obra fue hecha para nosotros, para cada uno individualmente, si, por un lado, hemos vislumbrado todo el amor de Dios por nosotros y, por otro lado, toda la enemistad y el espantoso estado moral del mundo— entonces una cosa es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo: el amor. Sí, el amor es la consecuencia natural de la verdad, cuando ésta es realmente conocida por el alma.

Cuando hemos visto este amor por nosotros, miserables pecadores, lo que se produce en nosotros es el hecho de que, a cambio, amamos a Jesús, porque él nos amó primero. Sólo entonces podemos amarlo realmente. Cuando los dos discípulos iban camino a Emaús (Lucas



24:13-35), sus corazones se enristecieron; ¿por qué? Porque habían perdido de vista la verdad, es decir, las palabras del Señor Jesús, que había dicho que al tercer día resucitaría. Pero cuando Jesús les habló de las cosas que los profetas habían anunciado, sus corazones ardiaron dentro de ellos. La verdad tuvo desde ese momento pleno poder sobre sus corazones. Porque la verdad no es una luz fría que no difunde calor a su alrededor; es un sol ardiente que calienta poderosamente.

Queridos hermanos, ¿conocemos este amor al que nos conduce la verdad? ¿Conocemos algo del corazón que ardía en esos dos discípulos? “Tú sabes que te amo”, dijo Pedro al Señor, cuando le preguntó tres veces (Juan 21:15-17); y nosotros ¿conocemos a Jesús, de modo que podamos decirle, por débil que sea nuestro corazón: Tú que lo sabes todo, sabes que contiene algo para ti? Recordemos que el amor no puede separarse de la verdad.

Si tengo un amigo, lo amo tal como es, tal como lo conozco, y cuanto más lo amo, más

deseo conocerlo mejor. Lo mismo debe sucedernos con el Señor Jesús; amémoslo de tal manera que no abandonemos ninguna de las verdades que su carácter nos ha revelado; amémoslo con un amor real, así como es real su amor por nosotros.

Una tercera cosa surge de las dos primeras: la obediencia. El amor al Señor Jesús no se manifiesta en arrebatos de ternura o de gran entusiasmo, sino en la obediencia a sus mandamientos. Éstos no son los mandamientos de la Ley, que resonaban en el Sinaí y eran para un pueblo terrenal. Lo que se nos manda es andar como Él anduvo aquí en la tierra, seguir su preciosa Palabra en todos los sentidos. La obediencia no consiste en separar de su Palabra lo que nos conviene; en decir: esto lo haré; pero aquello es menos importante, lo haré con menos cuidado. No, todo lo que Dios nos ordena es igualmente importante. Dios habla de nuestra naturaleza pecaminosa, y de la obra que fue necesaria realizar para sacarnos de ella; habla de sus eternos designios de amor para con noso-

tros, y del Señor Jesús que los cumplió plenamente; habla de nuestra responsabilidad presente, y de nuestra gloria futura; todo ello tiene la misma importancia. No tenemos que decir: esto es importante y aquello es secundario. La verdadera obediencia consiste en ajustarse en todo al deseo de nuestro Señor. No consiste sólo en no hacer lo que está prohibido, sino en hacer lo que se nos enseña. Todos los mandamientos de Dios son igualmente preciosos y divinos.

En cuanto a nuestra salvación, en cuanto a nuestra relación con Dios, en cuanto a nuestro caminar en medio de una generación perversa, en separación de todo mal, todo esto forma parte de su mandamiento. Estamos llamados a amarnos los unos a los otros, a no descuidar nuestra asistencia a las reuniones, a no inquietarnos por ninguna preocupación material; todas estas cosas son mandamientos suyos. Nada carece de importancia o valor entre estas instrucciones de Dios; recordémoslo. En relación con esto, hallamos la seria recomendación de no contemporizar con quienes se

han extraviado y han abandonado el testimonio, y que aquí son llamados engañosos.

¡Ah, cuántas veces nos gustaría no separarnos de quienes se han extraviado de la verdad! Pero la Palabra de Dios es clara y formal: "El que le dice: ¡Bienvenido!, participa de sus malas obras". Tenemos el recurso de orar por ellos, y ciertamente podemos seguir amándolos. Pero ¿es una buena razón, si algunos de los hijos amados de Dios han tomado un camino errado, para que yo los siga? Andar en amor y verdad, según Cristo, y no desviarme de ello, eso es lo que debo hacer. La obediencia es el criterio, la marca por la cual se reconoce el verdadero amor. Debemos prestarle mucha atención a esto.

Que Dios nos conceda el deseo de conocer y amar cada vez más al Señor Jesús, y dar testimonio de Él, caminando apartados de todo lo que nada tiene que ver con Dios; vivir cada vez más en la obediencia, y también saber **amar en la verdad**, como está escrito en esta epístola.

*A. Ladrierre (M.E. 1923)*

## YA NO SEAMOS NIÑOS

Lectura: Efesios 4:11-16

**L**eamos los versículos indicados: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; **para que ya no seamos niños fluctuantes**, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4:11-16).

Los “hijitos” de los que habla

el apóstol Juan en el capítulo 2 de su primera epístola son miembros de la familia de Dios en su estado normal. Y en los Evangelios, el Señor, al hablar con sus discípulos, a menudo les pudo presentar a los niños como ejemplo. Éstos son tan necesarios para constituir dicha familia, tanto como los jóvenes y los padres. Sin embargo, estos niños pequeños están llamados a crecer, y si este crecimiento no tiene lugar, sufren un estancamiento en su desarrollo, y nunca logran llegar al estado de “varón perfecto”, es decir, de hombres maduros, y no tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal (Hebreos 5:12-14).

En el pasaje de Efesios que estamos considerando, el cristiano que se encuentra detenido en su crecimiento, está expuesto por ello a ser “fluctuante y llevado por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error”. Además de la pérdida irreparable que resulta para

el cristiano tal estado anormal, se produce también una pérdida para todo el cuerpo de Cristo, pues cada creyente, siendo miembro de dicho cuerpo, tiene en éste una función con vistas al crecimiento de este último. La pérdida individual que sufre un miembro conduce a una pérdida colectiva cuando, en lugar de desarrollarse normalmente, el cristiano permanece en el estado de "niño".

Si cada miembro no funciona en el lugar que tiene asignado, el perjuicio para todo el cuerpo será incalculable. A fin de evitar que esto sucediera, el Señor dio dones en el cuerpo. Él sabía que no podríamos desarrollarnos espiritualmente sin la ayuda que estos dones nos proporcionan. Poseer la vida eterna no debe bastarnos. La posesión de esta vida nos permite aprovechar de los recursos que el Señor nos ha dado; son, por tanto, indispensables. Si no los aprovechamos, permaneceremos en una infancia espiritual anormal.

El capítulo 4 de la epístola a los Efesios nos enseña cómo el Señor proveyó todo lo necesario para la edificación de su cuerpo hasta su regreso. En el versículo

7 leemos que Él, según su sabiduría, ha dado a cada miembro, en una medida perfectamente apropiada a cada uno, la gracia necesaria para el buen funcionamiento de todo el cuerpo. Y para que cada miembro pudiera funcionar en su lugar, y producir "según la actividad propia de cada miembro" a fin de que todo el cuerpo reciba su crecimiento, "para ir edificándose en amor" (versículo 16), dio todos los dones necesarios. Esto se expone en los versículos 8 a 15. El objetivo es, pues, la edificación del cuerpo de Cristo; pero para que este objetivo se cumpla, es necesario que cada miembro se desarrolle y progrese beneficiándose de los dones que el Señor ha dado para este fin.

En el versículo 12, vemos que los dones fueron dados para "perfeccionar a los santos". Sin la acción de la Palabra sobre el corazón y la conciencia, este perfeccionamiento no puede tener lugar. ¡Cuántas cosas necesitan ser corregidas en nosotros después de la conversión! ¡Cuántas cosas debemos aprender! Si esta obra no se efectúa, el hombre nuevo en nosotros no

se desarrolla y no seremos aptos para desempeñar el servicio que cada uno de nosotros ha recibido del Señor. Este perfeccionamiento debe tener lugar para que la "obra del ministerio (o: servicio)" de cada miembro del cuerpo, como de cada don, se lleve a cabo; y si esta obra no se realiza, ¿cómo puede tener lugar la **edificación** del cuerpo de Cristo?

Después de que un alma es llevada al Señor por el don del evangelista, se encuentra en relación con los dones de pastores y maestros. Es necesario que llegue a conocer las glorias de la persona de su Señor y Salvador, la maravillosa posición que tiene en él y el andar que se desprende de dicha posición. Todos deben llegar "a la unidad de la fe y del conocimiento del **Hijo de Dios**", no sólo al conocimiento del Salvador. La fe tiene como objetivo al Hijo de Dios en la gloria. El apóstol Juan dice: "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1.ª Juan 5:5).

El Hijo de Dios es el objeto de nuestro corazón en el mundo que lo ha rechazado. El cora-

zón estará donde está su tesoro (Mateo 6:21). Cuando Jesús encontró al hombre al que había devuelto la vista, después de oír que lo habían expulsado de la sinagoga, le dijo: "¿Crees tú en el Hijo de Dios?" (Juan 9:35). Ese hombre necesitaba un nuevo objeto para su nueva vista.

Después de su conversión, Saulo predicó a Jesús en las sinagogas, diciendo que "este era el Hijo de Dios" (Hechos 9:20). Es, pues, el conocimiento del Hijo de Dios lo que nos separa del mundo y nos forma a su semejanza. Pero, hay más aún: el Hijo de Dios en la gloria, tal como Pablo lo presenta en sus escritos, no es sólo el Salvador, el Señor, el objeto del corazón; sino que es la expresión de la posición de todo creyente en la economía actual. Un creyente que lo único que conoce del Señor es Su muerte en la cruz, sin dudas está salvado; pero no es **perfecto**. El Señor quiere que llegue a ser un "**varón perfecto**" o "**maduro**"; este último es el significado del término "perfecto".

El Señor ya no está en la cruz donde expió el pecado, ni

en el sepulcro; Él está en la gloria, la expresión de lo que son todos aquellos que creen en Él. El estado de varón perfecto u hombre maduro es, pues, el estado del creyente que ha comprendido que no sólo Cristo ha muerto por él, sino que él, el creyente, está en Cristo en la gloria, donde Dios lo ve según todas las perfecciones de la persona y de la obra de Cristo. Él es perfecto; ¿qué podría añadirse a tal posición?

El estado de un varón perfecto tiene como consecuencia un andar y una vida práctica que están a la altura de esta gloriosa posición. Sólo en esta condición nuestro andar puede ser celestial, siendo el de un hombre que está en Cristo en el cielo y que reproduce Sus caracteres aquí en la tierra.

Por medio de la enseñanza del Espíritu Santo a través de los dones, no sólo llegamos al estado de hombres maduros o perfectos, sino que también llegaremos "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". Esto sucederá cuando seamos semejantes a Él en la gloria. No se trata de que los dones puedan ha-

cernos semejantes a Cristo en la gloria; sino de que, por medio de ellos, tenemos que progresar en nuestro andar práctico, en semejanza moral con el Señor, de modo que nuestra glorificación quede soldada, por así decir, al progreso que hayamos realizado aquí abajo.

Preguntémonos qué uso hemos hecho de estos dones, qué progresos hemos realizado. Si no avanzamos en el conocimiento del Hijo de Dios y de nuestra posición en Cristo, en el estado de un hombre maduro, si no avanzamos con el objetivo de llegar a la medida de la estatura de Cristo, permaneceremos en el estado de "niños" pequeños, sin desarrollo espiritual, sin capacidad para discernir las voces engañosas de los maestros que pretenden arrastrar discípulos tras de sí. Seremos niños fluctuantes y llevados por doquiera de todo viento de doctrina y engañados por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error.

En esa situación, la voz del Buen Pastor será poco conocida y se confundirá con la voz

de los extraños. Y en ese estado no hay frenos, no hay reglas; cuando una nueva doctrina se presenta, abandonamos lo que hemos recibido del Señor para adoptar ese error.

Pero, por el contrario, nada fuera de Cristo puede serle enseñado al que goza del conocimiento del Hijo de Dios, y nada puede añadirse al que es perfecto o maduro.

Ya sea que se le hable del cumplimiento de acontecimientos proféticos que han de venir o de los que se hayan cumplido, de curaciones por la fe, de la realización de milagros, de la observancia del sábadó, de ordenanzas que se aplican al hombre en la carne, o de tantas otras falsas doctrinas que abundan hoy en la cristiandad; si su corazón está satisfecho con Cristo, si busca asemejarse a Él y “ganarlo”, si sólo puede vivir de Él, muy pronto comprenderá que todas esas doctrinas, “diversas y extrañas” (Hebreos 13:9), a pesar de sus apariencias bíblicas y de las dulces palabras con que se las presentan, sabrá que se alejan del único medio por el cual es posible crecer a Su semejan-

za; del único objeto que puede satisfacer renovados afectos.

El apóstol contrasta el versículo 14 con el versículo 15: “Si no que siguiendo la verdad (o: siendo verdaderos) en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”. Esta palabra “verdaderos” marca el contraste con el engaño de los hombres y sus caminos artificiosos. En Cristo tenemos la verdad de todas las cosas; él es la medida con la que podemos juzgar todo lo que vemos y oímos. En Él tenemos no sólo la verdad, sino el amor perfecto, el Amor del que somos objeto. Este amor es el móvil de todo lo que hacemos, la medida de todo en nuestro andar.

Siendo así prácticamente: “verdaderos en amor”, crecemos, bajo la acción de la Palabra, en todas las perfecciones de Cristo; no nos contentaremos con manifestar algunos de sus caracteres, muy imperfectamente sin duda, aunque los demás se vean oscurecidos por nuestros caracteres naturales no juzgados; sino que procuraremos crecer en “todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo”.

Crecer en (o: hacia, hasta) Cristo es el objetivo a alcanzar con la ayuda del ministerio de la Palabra. El evangelista conduce a Cristo como Salvador. El pastor y el maestro alimentan el alma de Cristo, dan a conocer todo lo que concierne a su persona, enseñan los maravillosos resultados de su obra. El creyente, alimentado de Él, abrevado de esta fuente divina y celestial, mantenido prácticamente en contacto con la Cabeza, será como el canal que desde la cabeza llevará al cuerpo la energía necesaria para su edificación y normal desarrollo. Entonces se cumplirá lo que se dice en el versículo 16:

“De quien, (de la Cabeza) todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”.

El objetivo del ministerio según la Palabra es, pues, conducir a los creyentes a una relación vital con Cristo, al contrario de lo que hacen los hombres de los que habla el apóstol en Hechos 20:30, donde leemos que “se le-

vantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos”. Así, alimentado de Cristo, cada miembro, cualquiera que sea su función, obrará en su medida para el crecimiento del cuerpo, para ir edificándose en amor. El amor impregnará con su naturaleza la actividad de cada miembro y el crecimiento de todo el cuerpo.

Recordemos que cada uno de nosotros, creyentes, somos miembros del cuerpo de Cristo y que todos tenemos una función en este organismo divino, pero que tal función no puede cumplirse si no nos alimentamos de Él, apegados a Él prácticamente y teniéndolo como objeto de nuestro corazón. Para ello, no debemos permanecer en el estado de “niños” pequeños sin un desarrollo normal.

En general, en las asambleas sufrimos de debilidad espiritual. No puede ser de otra manera si los miembros del cuerpo no son nutridos con las cosas excelentes que provienen de la Cabeza, si ellos se debilitan, si no se desarrollan. El Señor es poco conocido; no ocupa el lugar que le corresponde en nuestros cora-



zones. El mundo y las cosas que están en el mundo ocupan ese lugar. Podemos conocer nuestra posición en Cristo por medio de nuestra inteligencia, pero nuestro andar no se corresponde con dicha posición. La verdad no es tan preciosa para el corazón como debería serlo. Buscamos lo que nos agrada a nosotros mismos en lugar de lo que le agrada al Señor y, lamentablemente, si una voz ajena nos parece agradable, la escuchamos.

El remedio para todo esto está cerca de nosotros, es poderoso y soberano. Es la Palabra; estudiémosla, pongámosla en práctica, y seremos capaces de ir contra la corriente en lugar de dejarnos arrastrar por ella.

Cuando el Señor hizo escuchar el clamor de medianoche en el siglo XIX: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" (Mateo 25:6), manifestó dones notables mediante los cuales la Iglesia, despertada de su sueño, podía ser edificada y crecer a semejanza de su Cabeza, esperando Su venida. Hoy tenemos todo lo que el Señor nos ha da-

do en numerosos escritos a través de los cuales podemos recibir las preciosas enseñanzas de la Palabra de Dios, crecer en el conocimiento del Hijo de Dios y llegar al estado de "varón perfecto", es decir, de hombre maduro. Pero ¿qué uso hacemos de tales escritos?

Que Dios desarrolle en todos nosotros la necesidad de instruirnos en las Escrituras, de conocer mejor a nuestro modelo, de imitarlo más fielmente, de vivir de Él y para Él. Pronto habremos alcanzado nuestra meta en los cielos, y ya no tendremos ocasión de dar testimonio de Él en medio de un mundo que lo ha rechazado.

¡El Señor está cerca! "Conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz" (Romanos 13:11-12).

*S. Prod'hom (M.E. 1923)*

## CRISTO, EL AGUA QUE SACIA LA SED Y EL PAN QUE ALIMENTA

Juan 7:7, 37-39 – 1.º Reyes 19:1-18

*(Notas tomadas de una meditación de H. Rossier)*

**E**l primer texto citado dice: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Juan 7:37-39).

En este pasaje vemos que al principio el Señor se negó a subir a Jerusalén para celebrar la fiesta judía, la fiesta que determinaba el descanso después de la vendimia, pues no podía haber descanso para el pueblo incrédulo. Pero más tarde, en secreto, subió y, en el gran día de la fiesta se reveló como la Roca de la que mana el agua que necesitamos, el agua puesta a disposición de todos los que tienen sed.

Desde el momento en que

saciamos nuestra sed, esta agua produce efectos maravillosos, y el Señor lo anuncia, para que todos los sedientos vengan a beber de la Roca que es Cristo. Pero para que el agua fluyera eficazmente, se necesitaba el don del Espíritu Santo, y leemos que el Espíritu todavía no estaba presente porque Jesús aún no había sido glorificado. Y a nosotros, ahora que tenemos el Espíritu Santo, ¿qué nos queda por hacer? Acudir a Jesús para beber. Esto se aplica a todas las necesidades del alma. Un inconverso, bajo la poderosa influencia del Espíritu de Dios, puede venir a Cristo a beber y así recibir la vida. Él dijo: “El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás” (Juan 4:14).

Pero en la porción que estamos considerando se dirige muy particularmente a nosotros, los creyentes, quienes ya hemos recibido al Señor Jesús como nuestra vida eterna. Por

ello, también nosotros debemos preguntarnos: ¿Tenemos sed? ¿Existe en nuestro corazón un anhelo profundo que nos hace sentir que nada puede satisfacerlo fuera de Él? ¿Sentimos la necesidad de acudir a Él para que la fuente de la vida fluya permanentemente en nuestras almas? ¿O somos como los que atraviesan el desierto de este mundo sin sentir sed? Con demasiada frecuencia, el alma del creyente no siente un verdadero deseo de entrar en contacto con el Señor Jesús, la Fuente de agua viva. Si es así, el alma se marchita como una planta que sufre la sequía y acaba pereciendo. Ahora bien, si no llega tan lejos, bastarán unas gotas de agua viva para que la planta recupere algo de salud; y con perseverancia, recobrará su vigor original.

Recuerdo cuando una vez, acompañado por un hermano, visitamos una asamblea. Al entrar, nos sentimos tan desesperados por el estado de los hermanos de allí que el hermano que estaba conmigo sugirió que nos fuéramos inmediatamente. «No –le dije–, al contrario, de-

bemos quedarnos. Esta sequía necesita agua». Efectivamente, bastó con presentar a Cristo para que esa asamblea fuera reanimada. Lo que vale para una asamblea vale también para cada cristiano. Podemos juzgar nuestra propia condición y la de los cristianos que nos rodean por la sed que tenemos de Cristo. Tenemos el Espíritu Santo, y en cuanto nos conectamos con la fuente, la bendición fluye libremente. Todo está ahí. Ese es el secreto de la vida cristiana.

A menudo sucede que, cuando nos ocupamos en la lectura de la Palabra, encontramos poco interés en ella; nos damos cuenta de que nos falta algo: se trata de la comunión. El alma no ha estado en contacto con la fuente, es decir, con la persona de Cristo; no ha sentido la necesidad de acudir a Él para recibir la comunicación viva de su pensamiento. Podemos gemir en ese estado de cosas, pero gemir no lo es todo. Tener sed es tener sed de Cristo, de Cristo mismo y no de lo que le rodea. Hay cosas muy interesantes alrededor de Cristo, pero ellas no quitan la sed. “Si alguno tiene sed, ven-

ga a mí y beba" (Juan 7:37). He aquí, pues, el primer punto.

El segundo punto lo hallamos en figura en la historia de Elías (1.º Reyes 19). "Acabó a Jezabel la nueva de todo lo que Elías había hecho, y de cómo había matado a espada a todos los profetas. Entonces envió Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos. Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida... Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres. Y echándose debajo del enebro, se quedó dormido; y he aquí luego un ángel le tocó, y le dijo: Levántate, come. Entonces él miró, y he aquí a su cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua; y comió y bebió, y volvió a dormirse. Y volviendo el ángel de Jehová la segunda vez, lo tocó, diciendo: Levántate y come, porque largo camino te

resta. Se levantó, pues, y comió y bebió; y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios. Y allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y vino a él palabra de Jehová, el cual le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías? Él respondió: He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida... Y le dijo Jehová: Ve, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco; y llegarás, y... a Eliseo hijo de Safat, de Abel-mehola, ungirás para que sea profeta en tu lugar... Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron." (vv. 1-18).

¿Qué le faltaba al profeta, a este hombre de tanta energía, que no conocía el miedo, que podía enfrentarse a Acab y que podía desafiar a Jezabel? En un momento dado, este héroe de la fe lo dejó todo y, ante la amenaza de una mujer, huyó al

desierto y quiso morir. Se durmió debajo de un enebro y fue despertado por un ángel. Junto a su lecho encontró agua y una torta cocida sobre las ascuas, la comida que el ángel le había preparado (v. 6). Elías se levantó y comió, y recobró las fuerzas.

Aquí tenemos una imagen muy bella de la Palabra. El profeta encuentra recursos que Dios mismo pone entre sus manos. Elías los utiliza, pero vuelve a dormirse. Era necesario despertarlo por segunda vez. “Levántate, come”, le repitió el mensajero celestial. Elías se despertó, se espabiló y volvió a comer. ¡Qué lección para nosotros, que siempre necesitamos que nos exhorten de nuevo a alimentarnos de la palabra de Dios! El alimento preparado en el desierto fue el único medio que se le dio a Elías para que pudiera reencontrarse con el Señor. En este alimento halló la fuerza que necesitaba para caminar durante cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios. Sin esa comida, nunca habría llegado allí, aun cuando este hombre le pertenecía al Señor desde hacía mucho tiempo.

He aquí lo que quiero resaltar: Puesto que necesitamos mantenernos en relación directa con Dios, para ello no tenemos otro medio de hacerlo que por medio de este alimento celestial: la Palabra de Dios. Es necesario que se nos despierte para volver a esta Palabra, y alimentarnos de ella a fin de extraer de sus páginas la fuerza que necesitamos. Debemos hacerlo no sólo porque hallamos que este alimento es bueno, sino porque es indispensable para nuestra vida; sólo en ella encontraremos la fuerza para llegar a la presencia de Dios, al final de nuestro viaje.

Elías se puso en camino. Recorrió un largo camino, ¿y qué encontró? En primer lugar, su propia autoestima: «Sólo yo he quedado para dar testimonio de ti». Conocemos la respuesta divina. Tenía un alto concepto de sí mismo y eso era lo primero que debía caer. Notemos esto: Si tenemos un alto concepto de nosotros mismos, solemos tener muy bajo concepto de los demás. Elías estaba acusando al pueblo de Dios. Entonces el Señor le quitó su ministerio y se lo confió a otro. Aprendió que él

no era imprescindible para Dios, y que Dios lo juzgaba de manera distinta a como él se juzgaba a sí mismo. ¿No le dijo Dios: «Hay siete mil hombres que tú no conoces, pero yo sí los conozco»? (véase Romanos 11:2-4).

En la presencia de Dios, Elías aprendió muchas cosas que solamente podía aprender allí, y que nunca habría llegado a Horeb si no hubiera comido el alimento divino. Para nosotros, cuando nos encontramos en presencia de Dios, lo primero que encontramos es el juicio, el juicio sobre lo que pensamos de nosotros mismos y lo que pensamos de los demás. Después

de eso, ¿qué nos queda? Una cosa: la gracia.

Elías oyó una voz suave y sutil, “un silbo apacible y delicado”; todo el juicio había pasado en el gran viento, en el terremoto y en el fuego, y entonces el profeta salió a la entrada de la cueva para encontrarse con un Dios de gracia.

En conclusión, podemos decir que en Cristo hallamos el agua que sacia nuestra sed y el pan que alimenta nuestras almas. Por el hecho de conocer a nuestro amado Salvador podemos encontrar el camino que nos conducirá hasta Horeb, a la presencia del Dios de la gracia.

(M.E. 1928)

---

## SOPORTA LAS AFLICCIONES

2.º Timoteo 4:5

**P**ara todo aquel que se ocupa seriamente en la lectura de la Palabra y en el efecto que ésta produce en las almas, es evidente que en nuestros días se manifiesta una obra especial de Dios, aunque en su extensión y en su carácter difiera de aquella

que, al principio de la era cristiana, llevaron a cabo Pablo y los que trabajaron con él. Una cosa fue poner los fundamentos del cristianismo —poner los cimientos del edificio— y otra muy distinta es ser llamado a trabajar en medio de las ruinas de este

edificio. Sin embargo, el Espíritu Santo está obrando en una dirección particular; es decir, preparando a los santos para la venida del Hijo de Dios; comunicándoles verdades soterradas en el polvo desde hace mucho tiempo, pero que son tan elevadas como preciosas y, por tal medio, separándolos del mundo cristianizado antes de que caigan sobre éste los últimos y terribles juicios. Frente a esto se nos presenta una pregunta dirigida a aquellos que, por la gracia de Dios, hemos recibido estas verdades; una pregunta llena de interés puesto que se refiere al poder dado para mantenernos en el camino en que estas mismas verdades nos han situado.

Aunque cada cristiano tiene su lugar asignado, nadie puede negar que en todas las épocas Dios, para llevar a cabo su obra, ha utilizado los dones que él mismo ha formado para su servicio; y aunque estemos pasando por días de gran debilidad, y el nivel espiritual sea muy bajo, especialmente teniendo en cuenta las verdades que poseemos, no ganaríamos nada ignorando

estos dones o considerando la obra como menos real o menos importante porque se lleve a cabo en días de decadencia y de ruina. En este sentido, por consiguiente, es muy necesario que nos guardemos de toda falsa vergüenza sobre este asunto.

Así pues, la cuestión se reduce a la siguiente pregunta: ¿puede aplicarse hoy con razón la exhortación "soporta las aflicciones" o también "sufre penalidades"? El tema no es nuevo, pero es de tal importancia y parece tan poco comprendido, que es muy oportuno examinarlo seriamente una vez más.

Aunque hayamos fracasado y sigamos fracasando aún en muchos aspectos, no obstante, parece que el Señor produce ahora una verdadera energía en aquellos que deben ser sus testigos hasta el fin: Él forma e instruye a las almas para **soportar**. Esto se aprecia, frente a cualquiera que sea la naturaleza de los sufrimientos que surjan, en el hecho de mantenerse en la misma senda, de permanecer en ésta porque se tiene la seguridad de que es la única que el Señor ha abierto a su pueblo,

y de perseverar en ella cuando surgen fuerzas agresivas por todas partes. Este hecho, digo, es la prueba de una acción cuyo poder no se podría ignorar. La historia ha colocado a *Fabio Cunctator* <sup>(1)</sup> entre los hombres notables de su tiempo, porque siguió planes hábiles y sabios en medio de todo lo que podía poner a prueba su paciencia por parte de sus amigos y enemigos; y, sin embargo, ¡cuánto más superior a él es la paciencia cristiana que estamos llamados a manifestar! Ahora bien, ¿cuál es el verdadero significado de este dicho: “Soporta las aflicciones”?

No cabe duda de que, en nuestros días, muchos cristianos procuran vivir una vida fácil, evitando todo lo que podría hacerlos padecer o incluso sufrir molestias, aunque en teoría saben muy bien que están llamados a compartir los sufrimientos de Cristo durante su vida en este mundo. Muchos otros tienen

también cierta percepción de la verdad —quizá incluso han recibido dones—, pero no piensan seriamente en ocupar su lugar en las filas de los que desean ante todo permanecer en la verdad para servir al Señor. Podríamos señalar también casos en los que la comodidad y el lujo son buscados por quienes profesan ser testigos de Cristo en este mundo. En estos diversos casos es evidente que no es a tales personas a quienes se les dirige la exhortación.

Sin embargo, al tratar con los que ocupan su lugar con un Cristo rechazado, es bueno distinguir entre los que buscan hacer alguna grande acción o llevar a cabo algo extraordinario, y los que simplemente **soportan**. Esta expresión significa **aguantar, sufrir pacientemente, no buscar** activamente las dificultades. Emprender un trabajo arduo con buena voluntad y con verdadera abnegación es

1) El autor se refiere a Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctator, quien fue un político y general romano (275 a.C. - 203 a.C.), famoso por sus estrategias militares. Su sobrenombre *Cunctator* (en latín: «el que retrasa») era una alusión a las tácticas que utilizó en la segunda guerra púnica, por lo cual recibieron el nombre de «Tácticas Fabianas». Y «Verrucoso» (en latín *Verrucosus*) era un apodo debido a una gran verruga que tenía en su labio superior (N. del T.).



un acto muy distinto de lo que Pablo llama **soportar**.

Más de una vez hemos visto exponerse a verdaderas fatigas a una persona que ha murmurado o tal vez se ha detenido en su empresa al encontrar obstáculos o incluso algún ligero sufrimiento. Por otra parte, hay una opinión generalmente difundida en el mundo en el sentido que los que conciben grandes empresas rara vez poseen la paciencia necesaria para llevarlas, paso a paso, a buen término. Y si se trata de la obra del Señor, puede decirse que los que pretenden deslumbrar mediante alguna acción brillante se exponen —sobre todo en vista del estado actual del testimonio— a vivir más de una amarga experiencia. Sin dudas, para aquel Fabio del que hablamos, era algo muy difícil hacer que un enemigo prudente y sagaz llegara a fatigarse, pero con el correr del tiempo, ¡cuánto más superior se mostró ante su imprudente colega cuyo eufórico entusiasmo lo había comprometido todo!

En nuestros días, no tenemos que afanarnos esperando realizar una serie de hazañas

extraordinarias, pero sí debemos caminar con paciencia por una senda difícil en la que seremos probados hasta el final. De manera que, si en tal camino hallamos el más puro de los gozos, también tropezamos con la disciplina más humillante. Siempre se ha señalado que, en los períodos de persecuciones, los creyentes más débiles, que no tenían ninguna confianza en sí mismos, soportaron las torturas con más constancia que los que creían poder enfrentarse a la hoguera con intrepidez.

Hoy nuestro testimonio reviste una naturaleza diferente. No estamos llamados a soportar torturas, sino a mantenernos firmes en la verdad, incluso en medio de las más amargas decepciones. Que cada uno de nosotros se pregunte seriamente si está dispuesto a “soportar las aflicciones” o si siente la tentación de abandonar su puesto, ya que el testimonio parece hundirse bajo la indiferencia y el desprecio, y además está siendo atacado por el poder corruptor del enemigo.

Se ha dicho de Pablo que un hombre común —incluso per-

manecido fiel a las verdades que Dios le había revelado— no habría podido continuar su servicio con el vigor, flexibilidad y perseverancia que mostró a través de sus largos sufrimientos físicos y morales. Pero él “soportó las aflicciones”, pues soportar no es simplemente aguantar, sino **perseverar** en su testimonio y servicio con una confianza inquebrantable en el Señor, quien le proporcionaba la fuerza y la energía que necesitaría hasta el fin. El espíritu del hombre natural, después de largos años de privaciones, de prisión, de tormentos de todo tipo, no dejaría de debilitarse, o tal vez se habría desanimado, aun cuando la persona hubiera permanecido fiel a la causa por la que estaba sufriendo; pero Pablo manifestó en su servicio la misma serenidad, el mismo cuidado, la misma consagración y la misma gracia, como queda demostrado en la segunda epístola dirigida a Timoteo. Ahora bien, éste es un poder extraordinario del cristiano, que sólo el Espíritu Santo puede comunicarle, según la medida de su fe.

Es a nosotros, pues, a quie-

nes se dirige ahora la exhortación: “Soporta las aflicciones”; a nosotros que no estamos llamados a soportar persecuciones violentas, sino simplemente a perseverar en el camino de la fidelidad, aunque todo parezca empujarnos al desaliento. Pero, si a medida que el camino se hace más fatigoso, aprendemos a soportar con más paciencia tanto el desprecio del mundo religioso como las diversas decepciones, nuestro testimonio no perderá nada de su valor. Ahora bien, esto presupone mantener una comunión constante con el Señor Jesús en el cielo, pues ninguna otra cosa ni ninguna otra persona puede darnos el verdadero poder para perseverar. Sostenidos por Aquel que nos ama y vela por los suyos mucho mejor de lo que sabrían hacerlo sus pobres siervos, podemos esperar con gozo inefable el momento en que cada uno de ellos sea presentado al Padre.

La lucha no dejará de alcanzar un final feliz: la victoria y el triunfo final son seguros, la corona de gloria está cerca; hasta entonces, la exhortación: “**Soporta las aflicciones**” debe

resonar en nuestros oídos como el último mandato que se nos dirige en el campo de trabajo.

¡Que esta gloriosa perspectiva, así como la misericordia, el poder y el amor de Aquel que nos ha llamado y nos ha concedido el privilegio de servirle, guarden de tal modo nuestros corazones que nunca nos aver-

goncemos de Él ni de Su servicio!

¡Que estos pensamientos inspiren nuestras almas y nos llenen con nuevo fervor a estimar su obra y su testimonio, y a buscar en Él la fuerza y la paciencia para soportar todo hasta el fin!

X (M.E. 1923)

---

## LA GRACIA

*La gracia vino por Jesucristo, con la verdad (véase Juan 1:17).*

Esto no significa que Dios no hubiera obrado en gracia hasta entonces. Si Él no lo hubiera hecho, el hombre habría sido rechazado para siempre desde su caída en el pecado. Dios no reveló abiertamente esta gracia antes de la venida de Jesucristo; pero ahora, a la luz del Nuevo Testamento, comprendemos que fue el primer objetivo divino. La ley misma, "dada" por Moisés, no era más que un instrumento temporal de la gracia. No hay motivo para ponerlas en

contradicción, ni ver en ellas dos dominios sin contacto: la esfera de la ley toma lugar, como objeto limitado, en el reino infinito de la gracia. Podríamos considerar las promesas en contraste con la ley, pero no así la gracia. La gracia está antes que la ley, por encima de la ley; y brillará perpetuamente en sus resultados cuando la ley, una vez cumplida, haya llegado a su fin; y por otra parte, los rayos de la gracia nunca han dejado de atravesar la ley (Éxodo 19:3-6; 34:34-35; Salmos 19:8-11; Salmo 119).

Pero Aquel en quien plugo habitar la plenitud, ha hecho des-

cender la gracia a la tierra, en su persona. La gracia no fue simplemente “dada”, sino que “vino”. El Verbo hecho carne “habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Así, “la gracia de Dios se ha manifestado” (Tito 2:11). No se trata, pues, de un principio abstracto sobre el cual se pueda discutir, sino de una Persona viviente que descendió hasta nosotros. “El Hijo de Dios ha venido” (1.ª Juan 5:20). El cristianismo es un asunto de vida, no de teoría.

La gracia es el amor de Dios ocupándose en favor de seres que no merecen ser amados o, para decirlo mejor, se trata del amor de Dios manifestado a aquellos cuyo pecado los hace “aborrecedores de Dios” —o, según la traducción J.N.Darby, utilizada por el autor: “aborrecibles para Él”; o en otra versión castellana: “aborrecidos de Dios” (Romanos 1:30)—; así como manifestó la verdad, la cual es la luz de Dios que alumbra a esas mismas personas cuyos necios corazones están “entenebrecidos” (v. 21). La gracia presupone el mal, así como la verdad presupone el error, y sólo ella remedia el mal.

Ella no les debe nada a aquellos para los cuales obra; interviene donde no queda ningún recurso. Pero no se limita a liberar al culpable: ella **da**. Alguien ha dicho que la misericordia paga nuestras deudas, pero la gracia nos enriquece.

### *La gracia y el pecador*

La gracia, precisamente porque es gracia, no adula al pecador, ni lo cultiva ni lo mejora. Lo pone de lado como incorregible, a pesar de las pretensiones de tal hombre. Lo ubica frente a todos los espejos por los que puede conocerse a sí mismo moralmente; a saber: la Creación, la Ley, y finalmente frente a Cristo, y lo hace ver en todas partes responsable y culpable, necesitado de tal modo de la gracia que sin ella está y permanece perdido. Si fuera capaz de hacer buenas obras para Dios, recibiría el salario de ellas; lo cual, por tanto, no puede contarse como gracia, sino como algo debido (Romanos 4:4). La gracia no hace dormir la conciencia; al contrario, la impulsa a hablar claramente, y su primer beneficio es desper-

tarla de este modo. Muy lejos de admitir un compromiso entre Dios y el pecado, muestra al pecado con su verdadero y horrible rostro, y utiliza el mandamiento divino para hacer al pecado “sobremanera pecaminoso”, porque “por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 7:7; 3:3). De este modo, la gracia constriñe al hombre —aunque éste se resista a los aguijonazos— a reconocer que es irremediamente esclavo del pecado, y entonces sólo ella puede intervenir en favor de aquellos que nada pueden hacer.

Eso significaría tanto desconocer el alcance de la gracia y disminuirla, como ver en ella —según algunos lo expresan a veces— una especie de acomodamiento de Dios a nuestra miseria aduciendo que sus planes habrían fracasado a consecuencia de la caída del hombre. Como si a Dios lo hubiera tomado desprevenido. No, los planes de Dios son de otro orden, tienen otra magnitud. Son eternos. “La gracia nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2.<sup>a</sup>

Timoteo 1:9). Se manifestó “por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó (abolió, anuló) la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad (lit: incorrupción) por el evangelio” (versículo 10). Y aunque en el presente la gracia obra en este escenario terrenal objeto por objeto, en un individuo, en otro escenario, de manera fraccionada, obra con vistas a la gloria eterna, donde desplegará todos sus efectos triunfantes, cuando Dios muestre “en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7).

La gracia obra donde el hombre y su energía natural terminan. Lo encuentra muerto en sus delitos y pecados, y no encubre ni excusa el pecado, sino que lo quita, y aporta algo más, que es el conocimiento mismo del Dios verdadero, en Jesucristo, es decir, la vida eterna (Juan 17:3). “Se ha manifestado para salvación” (Tito 2:11). No se trata de un perdón basado en la indiferencia respecto al pecado, sino de la paz y el favor de Dios fundados en la justificación

y asegurados a todo aquel que cree (Rom. 5:1-3). El pecado fue tratado como correspondía, es decir, barrido por el juicio de delante de la faz de Dios cuando Cristo murió por los impíos. Si ahora reina, es “por la justicia” (Romanos 5:21), y “para vida eterna”. Dios da su salario al Salvador. Él concede su gracia sin que se vean comprometidos en absoluto su carácter, tanto su santidad como su justicia. Para ello fueron necesarias la vida y la muerte de Cristo. Así, pues, la gracia sobreabundó cuando abundó el pecado, porque ¿dónde abundó más que cuando los hombres fueron llevados a la presencia de Cristo, en quien “Dios estaba reconciliando consigo al mundo” (2.<sup>a</sup> Corintios 5:19)? ¡Y, no obstante, ellos lo crucificaron!

Así, “en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres”, según el Evangelio que predicó Pablo, “los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán”; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados” pero todos serán declarados culpables por haberse negado, de

diversas maneras, a escuchar a Dios quien les hablaba en gracia (Romanos 2: 4, 12-16). La responsabilidad de aquellos que han escuchado el Evangelio es absolutamente mayor que la de todos los demás. Dios, reconciliado, exhorta a los hombres a reconciliarse (2.<sup>a</sup> Corintios 5:20). Él es justo y justifica al que es de la fe de Jesús. Creemos o no creemos, aceptamos o rechazamos; la gracia permanece soberana justificando al que cree, pero lo justifica; justifica al impío, pero al impío que cree. Si no fuera impío no tendría necesidad de la gracia, y sin la gracia jamás sería justificado, pero “por la gracia de Dios” Jesús “gustó la muerte por todos” (Hebreos 2:9), y somos “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24).

Nunca será demasiado insistir en la doctrina de la salvación por la gracia, tan mal entendida incluso en círculos donde se considera bien establecida. “Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8).

Este punto de partida es desconocido en las religiones de los hombres, por lo cual en éstas las almas no pueden regocijarse en la verdadera gracia de Dios. Las religiones enseñan que hay que hacer aplacar a Dios, ganárselo, para que nos tenga por inocentes, mediante ofrendas, sacrificios, buenas obras, esfuerzos, actos de devoción, con todo lo cual pretenden merecer el favor de Dios; pero este favor se le niega a todo aquel que no se presenta simple y únicamente como objeto de gracia.

### *La gracia y el redimido*

Pero Dios, habiendo traído a sí mismo a los hombres por medio de la gracia, y habiéndolos justificado mediante el principio de la fe, cuida de ellos en la tierra, y los cuida en gracia. Así ha sido siempre. La ley, para los creyentes judíos un “ayo para llevarlos a Cristo”, los profetas reemplazando a la ley ante ellos, todo esto fue dado por gracia, en un designio de gracia.

El gobierno de Dios, la disciplina del Señor (Proverbios 3:11,12), siempre se ha ejercido

en gracia hacia los suyos. Pero lo es más que nunca en la época actual, cuando los creyentes pueden llamarse hijos de Dios, y la gracia salvadora de Dios ha “aparecido”. Sí, bendito sea Dios, no nos cansemos de repetirlo, la gracia “se ha manifestado”, “vino” con la verdad, por medio de Jesucristo.

Ahora bien, el riesgo que corremos nosotros es ignorarla en la práctica y utilizarla tan mal que llegemos a la desnaturalizarla.

La Escritura nos enseña que podemos **caer** de la gracia. Ésta ha venido a nosotros para sacarnos del estado más bajo y “hacernos sentar con los príncipes (o: nobles)” (Salmo 113:8). Su nivel es el del hombre nuevo en Cristo. Caer de este nivel es querer andar por las ordenanzas de la ley, la cual fue dada para poner en evidencia la impotencia de la carne.

Ese fue el error de los gálatas, que con ello prácticamente negaron la gracia. “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4). La ley es santa, pero no nos da ninguna fuerza para cumplirla y condena

siempre a cualquiera que quisiera ser declarado justo por ella. No nos justifica en mayor medida después de nuestra conversión, así como tampoco lo hacía antes.

La ley nunca habrá tenido el privilegio de justificar a un hombre, fuera del Hombre perfecto; la gracia jamás le cederá una partícula de esta inefable prerrogativa. Esto no le agrada a la carne, sino que la mantiene en su lugar, en esa muerte a la cual nos condena la ley, y en la que nos ha encontrado la gracia que ha venido por medio de Cristo. La gracia no es para la carne, no le da nada a la carne, sino que le da al pecador lo que pertenece a una nueva condición. Tengamos cuidado de no caer de la gracia retrotrayendo la vida cristiana —tal vez sin sospecharlo— a la cultura del viejo hombre.

Por otra parte, una persona puede **privarse** a sí misma de la gracia de Dios. Esto, por supuesto, se refiere a un cristiano que, aunque es objeto de esta gracia, no vive de ella. Sin embargo, hay una provisión inagotable de ella, para todas las necesidades y to-

das las circunstancias. “El río de Dios (está) lleno de aguas” (Salmo 65:9), pero si nosotros no la extraemos nos faltará. Esta carencia se manifestará, tanto en la vida práctica, en la conducta individual, en las relaciones con los demás, así como en las relaciones con Dios.

Finalmente, alguien puede llegar a cambiar la gracia de Dios en **disolución**. Esta es la característica de los falsos cristianos mencionados en Judas 4, pero es un peligro real para todos, especialmente para aquellos que, familiarizados desde su juventud con la verdad de la justificación por la fe, no han conocido a fondo el horror del pecado. Entonces, —abiertamente o no— muy pronto transformamos la gracia en un pretexto para la carne, cuyas concupiscencias seguimos.

Si la gracia no le da nada a la carne, tampoco permite que el creyente se aproveche de la salvación para actuar como lo desea la carne que se encuentra en él. Aquí encontramos el gran beneficio de la gracia, que es dejar al viejo hombre donde lo encontramos, es decir, en la muer-



te. Pero la nueva vida, don de la gracia de Dios, se despliega entonces sin tener nada en común con la vieja naturaleza, aparte de morar en el mismo cuerpo. Es lo que hallamos en la Primera epístola de Juan, donde, es preciso notarlo, la gracia ni siquiera necesita ser nombrada: la vida nueva se encuentra ahí en su propio ejercicio, no necesita ser liberada de nada, pues el creyente ha recibido todo al tener la "simiente de Dios" en él (1.ª Juan 3:9). Jesús era la gracia misma; no la necesitaba para sí.

Pero por el hecho de que el creyente tiene en sí mismo ambas naturalezas, la gracia está a su disposición para enseñarle. Ella lo hace mediante la Palabra y la disciplina. Su objetivo es desprendernos de nosotros mismos y consagrarnos a Cristo, reconduciendo así hacia Dios aquellos corazones que siempre están inclinados a complacerse fuera de Él.

La gracia le enseña al creyente lo que le agrada a Dios. "Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad

y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente" (Tito 2: 11, 12). No podemos prescindir de ella y de su firme y afable instrucción.

Tanto si estamos al principio de nuestra carrera cristiana como si tenemos a nuestras espaldas la experiencia de un largo pasado, querer dar un paso sin ella es funesto. El capítulo 12 de la epístola a los Hebreos resalta este punto con fuerza. La disciplina paternal de Dios es un efecto de la gracia, no de la ira; tenemos que "seguir la santidad", pero ¿cómo podríamos hacerlo sin la gracia? No nos hemos acercado a Sinaí, sino a Sion, el monte de la santidad de Dios (Salmo 2:6), el cual es el monte de la gracia; "así que, recibiendo nosotros un reino inmovible, tengamos gratitud (o: retengamos la gracia- RV1909), y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia" (Hebreos 12:28). Lejos de dispensarnos de temer a Dios, la gracia nos impulsa a hacerlo; incluso es la única fuente del verdadero temor, tal como leemos en el Salmo 130:4: "En ti hay perdón, para que seas reve-

renciado (o: temido"- RV 1909), y esto porque hasta llegar a ese punto no habremos conocido verdaderamente a Dios. Por eso añade: "Porque (también) nuestro Dios es fuego consumidor". ¡Qué temor inspira esto! Por lo tanto, tengamos cuidado, porque nos encontramos con este Dios consumidor precisamente cuando no "retenemos" la "gracia". Dios es siempre un fuego consumidor, pero no para consumir a sus hijos: consumirá en ellos lo que no esté de acuerdo con su mente, y ¿no es eso una gracia infinita, pues ¿cómo desear lo que es más fuerte que nosotros?

Existe en nosotros una tendencia constante a invertir los papeles e ignorar el **valor práctico de la gracia**. El corazón debe ser fortalecido por la gracia, mientras que no faltan causas que generan preocupaciones y desánimo. Fracasamos en cuanto nos miramos a nosotros mismos. Y esto es lo que hacemos constantemente. Decimos que no tenemos nada bueno en nosotros, pero a la vez tomamos los mandamientos, los de la ley y las exhortaciones del Nuevo

Testamento, y nos aplicamos a cumplirlos con el pensamiento más o menos consciente de que hasta que no los hayamos cumplido, Dios no nos mirará con buenos ojos. Y aplicamos el mismo espíritu legal en el modo de apreciar a nuestros hermanos. Pero esto equivale a olvidar la gracia que apareció en Cristo, la cual nos enseña.

La gracia utiliza diversos medios, pero se da a conocer a sí misma, actúa por sí misma. Nos llama a servir a Dios con reverencia y temor, no porque esperemos aplacar su ira, lo que significaría creernos capaces de aplacarlo con una actitud llena de terror, sino porque ahora lo conocemos. Sabemos cuánto debe ser temido, por el hecho mismo de que sólo la gracia podía acercarnos a Él, y de que ella encontró los medios para hacerlo. Por el hecho de haber sido perdonados y de contar con el favor de Dios, lo cual nos ha hecho ver más claramente la gravedad del pecado que entrañó la muerte de Cristo, tememos a Aquel con quien se halla el perdón, a fin de que Él sea temido. Invocamos como Padre,

a Aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, para que nos conduzcamos con temor durante el tiempo de nuestra estadía aquí en la tierra. El corazón afirmado por la gracia es estimulado por este santo temor; y se da cuenta de que tal conducta sólo es posible aferrándose a Cristo: mientras nosotros somos inestables y decepcionantes, Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos. La verdadera humildad, que es generada por la gracia, no se preocupa de sí misma y, apoyándose en Cristo, va acompañada de una verdadera audacia, mientras que la preocupación por uno mismo conduce o a la temeridad insensata de la carne o a una insatisfacción consigo mismo y con los demás, lo cual es estéril, cuando no venenosa.

Dios quiere ser conocido como "el Dios de toda gracia" (1.ª Pedro 5:10). Que este pensamiento sea precioso para nosotros, para que podamos permanecer en "la verdadera gracia de Dios" (v.12). Tenemos una gran necesidad de llevar estas cosas a la realidad de la vida cotidiana. A menudo nos sentimos

inquietos e impotentes porque mezclamos nuestros sentimientos humanos con la pura gracia de Dios.

Somos propensos a prepararnos de tal modo con el propósito de acercarnos a la luz de Dios, y nunca lo conseguimos, en lugar de que nuestro recurso eficaz sea acercarnos a Él tal como somos: entonces juzgaremos, bajo esta luz, lo que obstaculiza la comunión, y aquello que nos parecerá tanto más aborrecible e insoportable. La verdadera gracia de Dios se reconoce precisamente en que no transige en modo alguno con el mal. Mientras demos algún crédito a la carne, ésta se esforzará por hacer todo lo que puede, pensando que Dios estará satisfecho y hará el resto. No, la gracia de Dios, sabiendo que somos incapaces de todo bien, obra según lo que somos, y no nos da más crédito que el que procede de ella. No excusa el pecado, ni lo pasa por alto; al contrario, lo muestra en su aspecto más horroroso, pues sólo el sacrificio de Cristo podía expiarlo. Hace que lo veamos bajo la luz inexorable de Dios. No nos da argumentos

para atenuar nuestra responsabilidad, hace que resalte nuestra culpa, pero todo ello es para llevarnos a la profunda paz y alegría de su triunfo. La gracia nos lleva ante Dios para confesar lo que debemos confesar, a fin de que tengamos comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Así como es necesario que todos nosotros, para combatir tanto el legalismo como el laxismo, veamos claramente lo que es la ley, también —y ésta es otra cara de la misma verdad— es necesario que comprendamos mejor lo que es la gracia. No la merecemos, la aceptamos, con el sentimiento de que no poseemos nada... Ella parece decirnos: «Lo sé, pero reconócelo y yo te lo proporcionaré todo». Así, leemos: “Paz sea contigo; tu necesidad toda quede solamente a mi cargo” (Jueces 19:20). La gracia es soberana, se impone, y nuestro único lugar es desaparecer ante ella. “Ten piedad de mí”, dice el alma dolorida porque su conciencia está cargada (Salmo 51:1). Pero lo dice por el hecho mismo de que la

gracia actúa. El primer efecto de esta gracia es empujarnos hacia la luz plena, y allí nos hace encontrar a Dios quien nos cuida en su amor, para que nuestro ser esté ocupado en lo que a Él concierne y no ya de los miserables objetos que somos. Sólo la gracia excluye al «yo», fuente de toda ruina en nuestra vida individual y en nuestras relaciones entre los hermanos. El ego es un obstáculo para toda paz y alegría, para todo progreso y servicio, para toda “consolación en Cristo” y toda “comunión del Espíritu” (Filipenses 2:1). Efectivamente, en la medida en que hayamos conocido por nosotros mismos la gracia de Dios, seremos “buenos administradores” de ella ministrando el don “a los otros” (1<sup>a</sup> Pedro 4:10). ¡Cuánta necesidad tenemos de meditar la parábola del siervo expuesta en Mateo 18: 21-35!

“Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2<sup>a</sup> Pedro 3:18): las dos cosas son inseparables, porque “la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo”

*A. Gibert (M.E. 1951)*

## REDIMIENDO EL TIEMPO (o: APROVECHANDO LA OCASIÓN)

Colosenses 4:5

Encontramos el ejemplo de una palabra pronunciada en una ocasión favorable por una muchacha de Israel que había sido llevada cautiva a Siria y que servía a la mujer de Naamán, quien “era varón grande delante de su señor, y lo tenía en alta estima, porque por medio de él había dado Jehová salvación a Siria”. Sí, era un hombre fuerte y valiente, pero leproso.

Dicha jovencita “dijo a su señora: Si rogase mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra” (2.º Reyes 5:1-3), una clara palabra de fe y de confianza por la que Naamán fue puesto en contacto con Eliseo, quien lo sanó de su lepra.

Esta muchacha había aprovechado la oportunidad para expresarle a su ama una afirmación totalmente positiva y hablarle del profeta. En ella vemos un ejemplo de fe, y estos ejemplos se nos dan como lección, a menudo incluso por un niño. ¿Acaso no estamos rodeados

de pecadores, los cuales vemos figurados por los leprosos que no se sanan? Son aquellos a los que la Palabra llama “los que están fuera”, “en las tinieblas de afuera”, sin conocer a Aquel que puede sanarlos de la lepra, es decir, del pecado. ¿No perdemos a menudo la ocasión que se nos da para iluminarlos con un rayo de luz, con una palabra de la verdad divina?

Dios, en varios pasajes de su Palabra, nos enseña cuál debe ser nuestra actitud hacia ellos. ¿Debemos permanecer en silencio, sin aprovechar la oportunidad cuando ésta se presente? Tal vez no volvamos a encontrarlos con ellos.

Todas las numerosas exhortaciones que se nos dan nos indican lo que debemos manifestar en nuestro andar y en nuestras palabras; en primer lugar, la **gentileza** (o: amabilidad, consideración, condescendencia) a la que tantas veces se nos invita y que debe ser “conocida

de todos los hombres" (Filipenses 4:5). Tal afabilidad atrae los corazones y puede disponerlos a recibir la Palabra. El apóstol Pedro escribe: "Estad siempre preparados para presentar defensa **con mansedumbre** y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (1.ª Pedro 3:15).

En este pasaje, ¿no se nos recuerda que es necesario mostrar mansedumbre ante aquellos que se nos oponen? Tenemos que darles a conocer la esperanza que llena nuestro corazón de gozo y de paz; no para guardarla egoístamente para nosotros mismos, sino para justificarla ante quienes nos piden razón de ello.

El apóstol Pablo dice a los colosenses: "Andad sabiamente para con los de afuera, **redimiendo el tiempo** (o: **aprovechando la ocasión**). Sea vuestra palabra **siempre con gracia, sazónada con sal**, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno" (Colosenses 4:5). Ante todo, se trata de andar sabiamente; no con "sabiduría terrenal", sino según la "sabiduría que desciende de lo

alto", la cual "es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre (o: sin parcialidad) ni hipocresía. (Santiago 3:15-17).

"Aprovechando la ocasión". ¡Aprovecharla, para que no se nos escape! Si miramos hacia el pasado ¿no hemos desaprovechado y perdido muchas veces la ocasión de dar testimonio a los de fuera? ¿Acaso no son muchas las oportunidades que Dios nos brinda? Por ejemplo, personas que sufren duelo, enfermedades, aflicciones, desórdenes, injurias...

Recordemos los resultados inesperados que —más allá de nuestra fe— produce una palabra, incluso muy corta, pero pronunciada en el momento oportuno, y que a veces mucho tiempo después de haber sido pronunciada, ha producido en el corazón de tales personas.

"Siempre con gracia", la gracia del Señor "en la cual estamos" (Romanos 5:2) y de la que nosotros mismos somos objeto. Dicha gracia deja de lado toda acción de la carne, de juicio y de contienda.

Si el amor del que habla el apóstol nos constriñe, el amor de Dios que dio a su Hijo en propiciación por todos abrirá nuestra boca y nuestro corazón para hablar de Él. Sin duda encontraremos opositores y contiendas, pero el apóstol Pablo dice a Timoteo: "El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino **amable para con todos**, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad" (2.ª Timoteo 2:24, 25).

La oposición puede ser violenta; necesitamos sabiduría y gracia para responder con la amabilidad, lo cual excluye la ira. ¡La ira surge muy rápidamente ante la menor palabra ofensiva dirigida a nosotros!

Nuestras palabras, desprovistas de toda amargura, deben, sin embargo, estar **sazonadas**

**con sal**, la que les dará sabor y poder para actuar sobre la conciencia y convencer.

Los discípulos fueron testigos de la oposición que sufrió el Señor; Él les anunció que luego de Su partida, también ellos tendrían que enfrentarse a dicha oposición, especialmente de parte de los poderes y autoridades; pero que no serían abandonados a sí mismos. Les dijo: "No os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mateo 10:19-20).

Vemos ejemplos del cumplimiento de esta promesa en el libro de los Hechos: "Pedro, **Ileño del Espíritu Santo**", les respondió a los jefes del pueblo, a los ancianos del pueblo (Hechos de los Apóstoles 4:8).

*M. Koehlin (M.E. 1949)*

## CONFIANZA EN DIOS

### *La Palabra de Dios, base de la confianza en Dios*

La Biblia, la Palabra, es el Libro que fue puesto en nuestras manos para el tiempo de nuestro peregrinaje. Contiene la respuesta para todas las necesidades de nuestra alma y de nuestro corazón. Tanto la edificación, como la exhortación o la consolación, todo lo recibimos a través de ella. En 2.<sup>a</sup> Timoteo 3:16-17 leemos cuál es el propósito de la Escritura inspirada por Dios: enseñar, redargüir (convencer), corregir e instruir en justicia. Pero ¿no se nos dio la Palabra para que confiemos en Dios?

Para confiar en alguien, primero hay que conocerlo. La Palabra nos permite conocer a Dios, un Dios de amor que se nos revela en la Persona y por el don de su Hijo. Cuanto más lo conozcamos, tanto más podremos confiar en Él. Todas las circunstancias de nuestra vida, aquellas circunstancias que Él mismo dirige para que obren en nuestro bien, deben tener

el mismo resultado: enseñarnos a conocerle mejor y, en consecuencia, a confiarnos enteramente a Él. En efecto, lo uno es consecuencia de lo otro, como lo expresó David: “Jehová será (alto) refugio del pobre, (alto) refugio para el tiempo de angustia. **En ti confiarán los que conocen tu nombre**” (Salmo 9:9-10). De este modo, a medida que avanzamos, experimentamos lo que las Escrituras nos dicen de Él, y este conocimiento práctico —confirmación de lo que la Palabra nos ha dado— debería llevarnos siempre a confiar en Dios.

“Él estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos; para que lo sepa la generación venidera, y los hijos que nacerán; y los que se levantarán lo cuenten a sus hijos, **a fin de que pongan en Dios su confianza**” (Salmo 78:5-7). ¿Acaso no es la Palabra para nosotros —sin duda, de un modo completamente distinto y con un carácter diferente— lo que la Ley fue para Israel en el



pasado? ¿No contiene también “las palabras de los sabios”, de las que Salomón puede decir: “Para que tu confianza sea en Jehová, ¿te las he hecho saber hoy a ti también” (Proverbios 22:19)? Estos dos pasajes confirman nuestra convicción de que la Palabra conduce a la absoluta confianza en un Dios que se revela plenamente a través de ella. Tanto si se dirige a los inconversos como a los que poseen la vida divina, ella está a nuestra disposición para invitarnos a confiar sin reservas en Aquel a quien nos da a conocer.

En muchas partes, la Palabra contiene exhortaciones apremiantes a este respecto: “**Fíate** de Jehová de todo tu corazón”, vuelve a decir Salomón en el mismo libro de los Proverbios (3:5). “**Confiad** en Jehová perpetuamente”, proclama el cántico que se cantará en la tierra de Judá (Isaías 26:4). Y David escribió en un salmo: “**Confía** en Jehová... Encomienda a Jehová tu camino, y **confía** en él... Guarda silencio ante Jehová, y espera en él...” (37:3-7): Y aún: “**Esperad** (o: **confiad**) en él en todo tiempo” (Salmo 62:8).

### *Promesas dadas a la confianza*

Junto a estas exhortaciones —y, en cierto modo, para animarnos a seguirlas más de cerca— se nos dan seguridades, promesas hechas a todos los que saben confiar en Dios. En el pasaje de Isaías que acabamos de recordar, leemos esto: “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; **porque en ti ha confiado**” (26:3). ¡Una paz perfecta! ¿No es precioso conocerla y gozarla en medio de un mundo angustiado?

Los creyentes hebreos, que sostuvieron gran combate de padecimientos y sufrieron con gozo el despojo de sus bienes, habían confiado en Dios para ello; por eso el apóstol les escribió: “No perdáis, pues, **vuestra confianza**, que tiene gran galardón” (Hebreos 10:35). ¡Una gran recompensa! ¿Pensamos en lo que perdemos por nuestra falta de confianza? Experimentaremos esa pérdida ante el tribunal de Cristo.

Se dirá de los fieles finalmente establecidos en el monte Sion, después de haber experi-

mentado a través de la tribulación, que los que esperan en Él jamás son avergonzados: “Los que **confían** en Jehová son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre” (Salmo 125:1).

Si David nos da las exhortaciones antes mencionadas (individualmente en el Salmo 37, colectivamente en el Salmo 62), se debe a que él también vivió tales experiencias; y por ello escribió: “¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que **esperan** (o: **confían**) en ti, delante de los hijos de los hombres! En lo secreto de tu presencia los esconderás de la conspiración del hombre; los pondrás en un tabernáculo a cubierto de contención de lenguas” (Salmo 31:19-20). “Muchos dolores habrá para el impío; mas al que **espera** (o: **confía**) en Jehová, le rodea la misericordia” (Salmo 32:10). “Pero alégrese todos los que en ti **confían**; den voces de júbilo para siempre, porque tú los defiendes; en ti se regocijen los que aman tu nombre” (Salmo 5:11).

La bondad es conocida: la protección está asegurada en medio de todos los peligros, pues “Escudo es a todos los que en él **esperan** (o: **confían**)” (Salmo de David 18:30); gozo en el corazón a través del sufrimiento, tal es la parte de quien pone su confianza sólo en Dios. Por eso la Palabra lo llama bienaventurado: “Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso (o: bienaventurado) el hombre que **confía** en él” (Salmo de David 34:8); “Bienaventurado el hombre que puso en Jehová su **confianza**” (Salmo de David 40:4) “Jehová de los ejércitos, dichoso el hombre que en ti **confía**” (Salmo 84:12).

“Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová. Será como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada. Bendito el varón que **confía en Jehová**, y cuya **confianza** es Jehová. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corrien-

te echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto. (Jeremías 17:5-8). Este “árbol” es Cristo mismo, Cristo hombre, hombre dependiente, hombre obediente, el que fue capaz de decir por boca del salmista (¡y ese salmista era David otra vez!): “Guárdame, oh Dios, porque en ti he **confiado**” (Salmo 16:1). Confirió verdaderamente en Dios como hombre, y así sigue siendo para nosotros el ejemplo perfecto de la confianza perfecta. Confiar en Dios es reflejar algo de Cristo.

### *Cristo como modelo, David como ejemplo*

Por eso, la Palabra nos dirige exhortaciones, con el aliento y las promesas que las acompañan; también nos presenta el Modelo divino que es el único que las ha realizado en perfección.

Pero un pensamiento podría detenernos: las exhortaciones son muy difíciles de seguir, el Modelo que se nos presenta es tan grande y nosotros somos tan débiles, nuestra fe es

tan pequeña... Entonces, como para responder de antemano a esas objeciones, Dios nos relata en su Libro la vida de hombres que estaban sujetos a “pasiones semejantes a las nuestras” (Santiago 5:17) y que también se caracterizaron por flaquezas y defectos, pero que, sin embargo, supieron honrar a Dios con una confianza plena y sin reservas. Nos recuerda quiénes eran, el camino que tuvieron que recorrer, y luego parece decirnos: He aquí a alguien que, a pesar de todo, supo confiar en mí.

En los pasajes de la Palabra que citamos anteriormente, hemos observado muchos salmos que son salmos de David, en los que nos dice que confía en Dios (Salmo 16. Y podríamos citar aún: Salmos 7:1; 11:1; 13:5; 18:2; 25:1; 26:1; 52:8; 55:23; 56:3-4, 11; 141:8; 143:8). Luego nos describe la porción feliz de los aquellos que confían en Él (Salmos 5; 8; 31; 32; 34; 40) y, finalmente, nos exhorta a confiar en Aquel que es el único digno de nuestra confianza (Salmos 37 y 62).

David, efectivamente, fue un hombre que había depositado su confianza en Jehová. Si

fue capaz de hacerlo, se debió al hecho de conocerlo. ¿Acaso no escribió: “En ti confiarán los que conocen tu nombre” (Salmo 9:10)? Leamos el Salmo 23, y veremos qué nos dice de su Pastor, cuánto había progresado en el conocimiento de Él y en el goce de su comunión. ¿Sería posible que, conociendo verdaderamente a tal Pastor, no confiara en Él?

Su confianza en Jehová brilla a lo largo de toda su vida, en la mayor parte de las circunstancias por las que tuvo que pasar; tenemos prueba de ello en los numerosos salmos que acabamos de citar. Podríamos considerar estas circunstancias y estos salmos uno por uno, con el mayor provecho. ¿No confió David en Dios cuando tuvo que enfrentarse al gigante Goliat, o también en Keila, en el desierto de Zif, en el desierto de Maón e incluso en Siclag quemada por el fuego?

Pero ahora deseamos centrarnos en dos momentos de su vida, que fueron especialmente dolorosos para él, y durante los cuales confió en Dios de manera muy conmovedora.

## *Huyendo de Absalon* *2º Samuel 16*

El capítulo 16 del Segundo libro de Samuel nos presenta la primera circunstancia que veremos tratar. “Y vino el rey David hasta Bahurim” (v. 5). En las Escrituras nunca sobra una palabra; si está escrito “el rey David”, se debe a que el Espíritu de Dios quiere llamar nuestra atención sobre el hecho de que era rey, aunque huyera de Absalón, su hijo. ¿Dónde debía estar David? En el trono. ¿Dónde estaba? Perseguido por un hombre de la casa de Saúl que lo maldecía y le arrojaba piedras, mientras vociferaba acusándolo de que era un hombre sanguinario y que estaba atrapado en su propia maldad. Y, sin embargo, David se había negado a derramar la sangre de Saúl para apoderarse del reino por ese medio, aunque podría haberlo hecho en dos ocasiones (1.º Samuel, capítulos 24 y 26).

En lugar de rebelarse, David confió en Dios a pesar de todo. Aceptó las circunstancias como permitidas e incluso ordenadas por Él, de la misma manera que

lo expresaría más tarde el profeta: “¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó? ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno? ¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado” (Lamentaciones de Jeremías 3:37-39). Y David dijo a Abisai: “Si él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David” (2.º Samuel 16:10).

Ahora bien, 2.º Samuel 19:16-20 nos muestra que el Señor no se lo había dicho. Pero David sabía lo que merecía; sabía que, si era acusado injustamente por Simei, era culpable por otra parte de ciertos puntos respecto de los cuales no se le acusaba. No había derramado sangre para apoderarse del reino, pero ¿no lo había hecho para intentar borrar la huella de su pecado, en el caso de Urías? Aunque Simei lo ignoraba, Dios lo sabía.

David, pues, aceptó las circunstancias de la mano de Dios y, confiando en su bondad, añadió: “Quizá mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de

hoy” (v.12). Así pudo seguir su camino en paz, seguro de que el corazón de Dios es un corazón de amor y que Él convertiría en bien la maldición que en ese momento pesaba sobre él.

Nosotros también podemos caminar en paz si, en circunstancias similares, sabemos depositar nuestra confianza en Dios. Entonces podremos repetir con David las palabras que pronunció “cuando huía de delante de Absalón su hijo: ¡Cuánto se han multiplicado mis adversarios!... Mas tú, Jehová, eres escudo alrededor de mí; mi gloria, y el que levanta mi cabeza... Yo me acosté y dormí, y desperté, porque Jehová me sustentaba. No temeré a diez millares de gente, que pusieron sitio contra mí... La salvación es de Jehová...” (Salmo 3).

### *El censo*

#### *2º Samuel 24*

El capítulo 24 del Segundo libro de Samuel relata la segunda circunstancia a la que hemos aludido. Después de haber hecho el censo de sus hombres de guerra, David pasó por otra do-

lorosa prueba como consecuencia de su pecado. "Después que David hubo censado al pueblo, le pesó en su corazón". "Después..." Sin duda ya le había pesado antes. Pero antes de eso, uno no quiere escuchar. Cuando el corazón hace oír su voz, se le impone silencio; la pasión habla más alto y ahoga su voz. Luego, cuando el pecado se consume, todo es muy distinto: ya no es posible acallar el corazón.

En esta ocasión, David ya no necesitó que el profeta le hiciera tomar conciencia de su pecado. Él mismo dice: "Yo he pecado gravemente". Muchas veces había dicho: "Oh Jehová, fortaleza mía"; "Jehová es la fortaleza de mi vida"; "Jehová es mi fortaleza y mi escudo"; o también: "El Señor es mi fuerza y mi escudo" o también: "Tú eres mi refugio" (Salmos 18:1; 27:1; 28:7; 31:4), e incluso: "Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre de Jehová nuestro Dios tendremos memoria" (Salmo 20:7). Al llevar a cabo el censo de sus hombres de guerra, estaba haciendo algo que desmentía tales palabras.

¿No es un gran pecado ac-

tuar de una manera que desmiente nuestras palabras?

Sin dudas, David recordaba las palabras de Natán: "Jehová ha remitido tu pecado" (2.º Samuel 12:13). Esperaba la gracia de Dios, y ciertamente podía confiar en ello, porque tal gracia permanece, hagamos lo que hagamos. ¡Somos dichosos de conocerla! Pero siempre hallamos el juicio gubernamental de Dios que nosotros mismos nos acarreamos por nuestra desobediencia. Después de haber pasado toda una noche en oración, humillación y confesión de su pecado, por la mañana David escuchó las palabras de Gad. Éste le expuso tres cosas entre las que debía elegir, tres castigos dolorosos: ¡siete años de hambre, tres meses de persecución por sus enemigos o tres días de peste! ¡Grande angustia!

Pero esta era otra oportunidad para David en la que mostraría cómo confiaba en Dios. Comprendió que merecía una de estas tres cosas, pero no sabía cuál le era necesario elegir. Lo que escogió fue "caer en mano de Jehová". Porque sabía bien que cuando Dios nos hiere

con su disciplina, su corazón sufre con nosotros y mucho más que nosotros. David conocía el corazón del hombre, duro y perverso, ¡pero también el corazón amoroso del Dios en quien, a pesar de todo, seguía depositando su confianza!

Y nosotros ¡qué ejemplo hallamos en esto! Tal confianza nos humilla, pues David no tenía ninguna revelación de Dios como Padre bueno y tierno. Y nosotros que lo conocemos bajo ese carácter ¡cuánto más deberíamos saber confiar en Él! Entonces llevaríamos a la realidad que en esto hallamos el secreto de la fuerza y del gozo, como lo leemos en los dos pasajes siguientes: “En quietud

y en confianza será vuestra fortaleza” (Isaías 30:15).

“He aquí el ojo de Jehová sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia, para librar sus almas de la muerte, y para darles vida en tiempo de hambre. Nuestra alma espera a Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es él. Por tanto, **en él se alegrará** nuestro corazón, porque en su santo nombre **hemos confiado**”

¡Qué enseñanza y qué ánimo hallamos en todo ello, especialmente para los días actuales! Y que, tal como lo hizo David, podamos decir y llevar a la realidad la expresión: “...Pero yo en Ti confiaré” (Salmo 55:23).

*P. Fuzier (M.E. 1945)*

---

## PENSAMIENTO

**E**n medio de la miseria, del sufrimiento y del dolor en este mundo, ¡qué pequeños y estrechos se sienten nuestros corazones para manifestar amor y conmiseración! Pero ¡qué consolación!, el corazón de Dios es

infinitamente grande y siempre abierto, que abraza a todos los hombres. Sus misericordias nunca cesan; son nuevas cada mañana (Lamentaciones 3:22-23).

*M. Koechlin (M.E. 1938)*

# ÍNDICE

## Edición retroactiva 2020-2023

### Nº 100

Colección de exhortaciones y llamamientos nº 1 Segunda epístola de Juan <i>A. Ladriere</i>	29
Confianza en Dios <i>P. Fuzier</i>	64
Cristo, el agua que sacia la sed y el pan que alimenta <i>H. Rossier</i>	42
Gracia (La) <i>A. Gibert</i>	51
Hebreos (Algunas notas sobre la epístola a los): <i>Anónimo</i> Capítulo 12	5
Pensamiento <i>M. Koechlin</i>	71
Redimiendo el tiempo (o: Aprovechando la ocasión) <i>M. Koechlin</i>	61
Soporta las aflicciones <i>X</i>	46
Ya no seamos niños <i>S. Prod'hom</i>	35
Índice edición retroactiva años 2020-2023	72



*A tu gloria ¡oh nuestro Padre!, a tu celestial hogar,  
nos llamaste en Jesucristo quien nos preparó lugar.  
¡Cuán profundos pensamientos de divina bendición!  
Tan preciosos, sólo emanan de tu propio corazón.*

*En el hijo amado aceptos, Padre santo, tú nos das  
el lugar de cercanía ante tu bendita faz.  
Junto a Cristo conocemos de tu gloria el esplendor,  
y por Él tú nos mostraste las riquezas de tu amor.*

*Mas, supremo gozo el tuyo, el intento de tu amor  
cúmplese en Cristo, tu amado, para tu eterno loor.  
Muchos hijos hoy te adoran en Espíritu, en verdad.  
Bendécímoste, ¡oh Padre!, por tu inmensa caridad.*



*¡Gloria a Dios!, porque su gracia en nosotros abundó,  
y su fiel misericordia en nosotros se mostró.  
¡Gloria a Dios!, porque nos mira en su inmensa caridad,  
y con su poder nos viste de justicia y santidad.*

*¡Gloria a Dios!, que de fe pura hinche nuestro corazón,  
y del Hijo que ama tanto nos concede el sumo don.  
¡Gloria a Dios!, que aquí nos une en perfecta y dulce paz,  
por su diestra protegidos, alumbrados por su faz.*

*¡Gloria a Dios!, a quien complace recibir nuestra oración,  
nuestros cantos de alabanza, por Jesús la adoración.  
¡Gloria a Dios!, que en abundancia toda bendición nos da;  
y si Él obra así en su gracia, ¡cuánta su gloria será!*



**En esto pensad**

Lecturas de la edificación cristiana

Publicación gratuita. Se sostiene con las oraciones y las ofrendas voluntarias de creyentes.

**Gastos de envíos por correo a cargo del destinatario.**

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

**Roberto Jorge Arakelian**

**Cap. Cairo 546**

**B 1842 CSB Monte Grande**

**Buenos Aires**

**Argentina**

E-mail: [pensad@lecturasbiblicas.org](mailto:pensad@lecturasbiblicas.org)

[www.lecturasbiblicas.org](http://www.lecturasbiblicas.org)